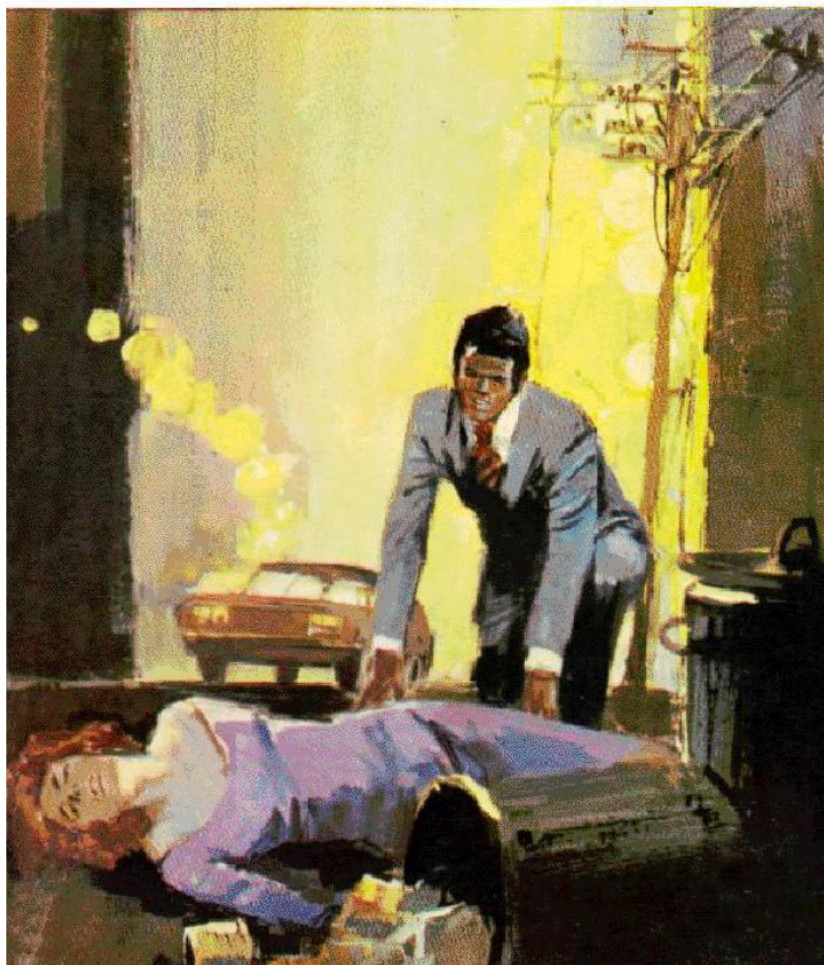




aventura en Harlem

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KELLTON McINTIRE

AVENTURA EN HARLEM

Colección **PUNTO ROJO** n.º 690
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 20.308 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1975

© KELLTON McINTIRE - 1975

texto

© DESILO - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

079. — Proyecto para la fuga.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.298-. — A la caza de mister «G».

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

988. — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

48. — Del temple de los héroes.

En Colección COLORADO:

909. — Trampa para tres granujas.

En Colección KANSAS:

967. — El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

Al abandonar el Diamond, Henry Marshall vació sus bolsillos a la luz del próximo poste de alumbrado.

—Ayer rico. Hoy un pobre diablo cualquiera —murmuró.

En la palma de su mano había algunas monedas. Pocas. Sumadas apenas llegaban a los siete dólares.

Se volvió. Su imagen se reflejaba en el gran espejo de la funeraria Relax.

—¡Negro! —gruñó con rabia, contemplándose en el cristal—. Negro, cerdo, bestia inferior, animal, bastardo.

El espejo le devolvió una visión de su rostro cuadrado, enjuto, ceniciento, poco saludable. Se miró con atención: su rostro no era negro, pero tampoco absolutamente blanco. Sangre negra y blanca mezcladas al veinticinco y setenta y cinco por ciento.

Era más blanco que negro. Por desgracia, ni suficientemente blanco para evitar las humillaciones, ni lo bastante negro para odiar a los blancos.

Henry se sintió brutalmente fatigado, acabado... ¿Por qué?

Algún tiempo atrás, Henry era un hombre muy respetado en Harlem. Incluso el capitán de bomberos, Bruce Quiner, le saludaba cordial cuando cruzaba ante las puertas del club Seventh Heaven.

Y también el senador Sandorf o el teniente Crogeray, el policía.

Por entonces, el club Seventh Heaven, de la calle Ciento Veinticuatro, era propiedad de Henry Marshall. En el club se jugaba, se explotaba a las chicas vistosas y ocurrían otras cosas menos confesables aún. Así y todo Henry gozaba de un cierto prestigio en Harlem.

Todo fue bien para Henry hasta la noche en que penetró en el club aquel tipo llamado George Tunnello.

Tunnello era hijo de Barry Tunnello, el emperador del vicio en Nueva York. George era alto y delgado y muy parecido a su

progenitor, muerto años atrás en circunstancias muy extrañas y jamás desveladas de forma convincente por la policía.

Tan asombroso era el parecido, que los supersticiosos seguidores de la secta Reencarnación creían a pie juntillas que George no era sino el mismo Barry Tunnello reencarnado para vengarse de los agravios que le habían hecho en vida algunos de sus poco escrupulosos socios.

George era duro, extraño y enérgico. Aunque de raza blanca, se había apoderado del cincuenta por ciento de los locales de juego de Harlem.

La noche en que George Tunnello penetró en el Seventh Heaven, Henry se sintió nervioso. Sus temores se vieron confirmados poco después cuando algunos de los hombres que acompañaban al *gángster* arrojaron brutalmente de su mesa a una pareja de jóvenes.

Un minuto después, el propio Tunnello agarraba salvajemente a Rosalind Hammond, la *vedette*, e introducía su cabeza en una ponchera.

La furia cegó a Henry. Admiraba a Rosalind, por lo que al verla con su postiza cabellera rubia chorreando ponche —*miss* Hammond era mulata—. Henry comprendió que no podría aguantar ni un solo minuto más.

Por eso corrió hacia el lugar del incidente, atenazó a Tunnello con la mano izquierda y de una patada bestial le envió contra el muro.

El *gángster* tropezó en los peldaños de la escalera de acceso, perdió el equilibrio y se fue de cabeza contra el bello mosaico del vestíbulo que representaba un soberbio ejemplar de antílope africano.

Dos de los guardaespaldas de Tunnello, llamados Wallace y King, se pusieron en pie. Henry no tenía nada contra ellos, pero conocía a King y sabía que era muy aficionado a usar la «zarpa», es decir, un fuerte guante de cuero en cuyo dorso había implantadas unas afiladas cuchillas de afeitar.

Henry vio que King se colocaba la «zarpa» y retrocedió, asustado, hasta que su espalda golpeó contra la exótica panoplia *swahili* compuesta por un escudo de piel de rinoceronte y dos lanzas ligeras con largas hojas de acero.

King, pesado y lento, se acercaba ya. Henry alzó una mano con

desesperación y descolgó una de Las lanzas.

No pudo evitar el zarpazo de King, que desgarró su *smoking* desde la solapa hasta el bolsillo lateral. Pero movió la lanza y King cayó al suelo, chillando como un energúmeno. Porque la hoja de la lanza estaba afilada perfectamente.

Entonces se aproximó Wallace. Acababa de meterse la mano en el bolsillo de su ancha chaqueta y Henry sospechó lo que se avecinaba: Wallace se disponía a acribillarlo a balazos.

«Si le doy tiempo a sacar la pistola, estoy muerto», pensó Henry.

Su indecisión fue aprovechada por Wallace, que disparó a través del bolsillo y le hirió superficialmente en el costado.

Rabioso, Henry retiró el brazo y arrojó la lanza *swahili* con todas sus fuerzas. La muerte sorprendió a Wallace cuando se disponía a disparar por segunda vez: la lanza le atravesó el cuello.

Hubo alaridos de espanto, carreras... Cuando Henry pudo reaccionar su local estaba vacío y los muebles destrozados.

Dos hombres de Tunnello se habían mantenido quietos. Fueron ellos los que ayudaron a George y arrastraron hacia la escalera el cadáver de Wallace.

Uno de ellos, el más corpulento, llamado Shepherd Matthewson, se volvió en la escalera y miró fríamente a Henry.

—Huye, negro —gruñó—. Si no lo haces...

Henry tenía treinta años y era un hombre seguro de sí mismo. Se encogió de hombros: nadie iba a atemorizarle gratuitamente.

Sin embargo, no tardó en comprender que había subvalorado la potencia del clan Tunnello. George era el más joven, pero estaban sus hermanos: Charlie, Oscar y Harrison Tunnello, todos hijos del fallecido Barry.

Al día siguiente, a la hora en que Al Mendoza abría las puertas del Seventh Heaven, seis hombres penetraron en el club. Dos de ellos sujetaron al moreno puertorriqueño mientras los restantes se introducían en el club y regaban todo con tanques de gasolina.

La llamarada se produjo cuando ya aquellos salvajes desconocidos ganaban la calle. Al Mendoza, dolorido y golpeado duramente, apenas tuvo tiempo para escapar y salvar su vida.

Naturalmente, aquella noche el Seventh Heaven no pudo abrir sus puertas; el local había quedado destruido casi por completo.

Sin embargo, Henry se rehízo. Su negocio estaba asegurado, por

lo que la General Insurance Co., le pagó religiosamente doscientos mil dólares.

Aquel mismo día el gerente de la aseguradora le aconsejó:

—Vete a otro lugar, Henry. En Harlem no tienes nada que hacer. George Tunnello y sus hermanos van detrás de ti.

Henry rió a carcajadas y se encogió de hombros. En poco más de una semana había reconstruido el Seventh Heaven. Precisamente el día en que se disponía a abrir de nuevo su negocio, recaló por allí Milton Howard, un oficial de la policía de la estación policial de la Ciento Veinticuatro.

Howard no era lo que se dice un fiel cumplidor de su deber. El propio Henry le había «engrasado» más de una vez para que hiciera la vista gorda en relación con los incidentes que ocurrían en el Seventh Heaven.

—Estás maduro, Henry —advirtió el policía—. Si quieres un buen consejo, lárgate. No tienes nada que hacer en Harlem.

Henry miró al policía de color con escasa simpatía.

—¿Se trata de un recado, teniente? Apuesto que Tunnello utiliza como lacayos a los oficiales de policía —comentó, agrio.

—Soy un policía, Henry —silabeó Howard, enseñando los dientes—. Podría encerrarte por desacato. Pero no lo haré. Si sigues en Harlem... tú mismo habrás cavado tu tumba.

Henry escupió en el suelo y dio la espalda al policía. Sin embargo, a partir de entonces sabía a qué atenerse: los Tunnello no habían olvidado.

Al día siguiente, Henry hizo clausurar la puerta del club que daba a la calle Ciento Veinticuatro y adquirió la vieja funeraria situada en el callejón próximo llamado Artesia Lane.

De modo que la entrada al club era practicable a partir de aquella fecha por el original sistema de cruzar el almacén de la funeraria, donde seguían amontonándose las lápidas, féretros y flores de costumbre.

Por otra parte, Henry amplió sus instalaciones de juego y contrató a dos excelentes *croupiers*: Ringo Bellamy y Houston Stuarts Bell.

Durante el primer mes, los clientes siguieron frecuentando el Seventh Heaven y los beneficios subieron de forma cuantiosa.

Fue un sábado, de madrugada, cuando Henry criaba haciendo

arqueo de caja. Dos hombres se acercaron a la ventanilla y depositaron un recibo.

—«*En concepto de prima a la aseguradora Tunnello & Brothers, cinco mil dólares*» —leyó Harry, estupefacto.

No alzó la mirada. Pensó en el revólver que guardaba en el cajón. Y bajó la mano disimuladamente y trató de agarrar el arma.

Un puño protegido por un guantelete de acero se estrelló contra su frente y le proyectó contra la mampara de enfrente. Simultáneamente la puerta de la cabina saltó en astillas y uno de los desconocidos penetró de un salto.

Un pie calzado se apoyó sobre el pecho de Henry. El otro individuo penetró en la cabina y le encañonó con una metralleta de culata rebatible.

—El incumplimiento de las normas del contrato se pena con una multa, señor Marshall —dijo, burlón, aquel hombre—. En concepto de multa, por tanto, nos llevaremos la recaudación del día.

Era mucho dinero. Henry había contabilizado ya más de doce mil dólares. Por ello, Henry hizo un desesperado esfuerzo por evitar el robo.

Tuvo suerte. Consiguió atenazar el pie que le oprimía y retorcerlo con furia. Oyó el alarido de dolor del otro, que acababa de caer de espaldas.

El otro forajido movió la metralleta y disparó una ráfaga. Los proyectiles picotearon el suelo y las astillas del *parquet* cayeron sobre Henry, que permaneció inmóvil como un muerto hasta que aquellos dos hombres huyeron.

Entonces se alzó del suelo. Y comprendió que su suerte estaba echada: no podría hacer frente por mucho tiempo a una organización criminal como la del clan Tunnello.

Al día siguiente, Henry fue a visitar a Ornar Crayton, un detective de color con fama de hombre honrado. Pidió su consejo y le encargó cierta investigación.

El resultado fue desesperanzador.

—Créame, señor Marshall: Tunnello domina todo Harlem. Según mis cálculos, tiene más de un centenar de pistoleros a sus órdenes. Si usted intenta resistirse a Tunnello, sería tanto como... estrellar un «Maserati» a doscientos por hora contra un muro de hormigón —dijo Omar Crayton, pesaroso.

Por si fuera poco, las compañías de seguros fueron negándose sistemáticamente a asegurar el club Seventh Heaven.

Henry Marshall estaba marcado.

Dos días después, una docena de mozalbetes penetró en el club. Iban cargados con *sprays* de pinturas celulósicas e inmediatamente comenzaron a cometer toda clase de desmanes.

Paredes y muebles fueron objeto de sus «pintadas»; uno de ellos lanzó una bomba de humo. La orquesta enmudeció y los clientes buscaron la salida, atemorizados.

Aprovechando la confusión, los mozalbetes cargaron contra los que huían y embadurnaron de pintura sus trajes y sus cabellos.

Era el fin para Henry Marshall. Aquella noche regresaba a su cómodo apartamento de Lennox, cuando un camión destrozó su «Cooper», escasos segundos después de abandonarlo en la calle.

Rabioso, Henry detuvo un taxi, decidido a seguir al camión. Incluso puso cincuenta dólares sobre las rodillas del chófer, un negro llamado MidWate.

Cien metros más allá, el taxista fingió una avería. Henry sintió ganas de golpearle, pero finalmente bajó del taxi y volvió a casa.

Apenas había penetrado en el vestíbulo, Guestman, el conserje, le salió al paso y le informó, alarmado, que un incendio había destruido su apartamento.

Aquella noche Henry debió pasarla en un hotel de Harlem, el sucio Starwind, el único en el que le ofrecieron mía habitación.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Henry comprendió que lo había perdido todo: no cobraría un centavo por el desastre del club, no tenía casa ni coche. Estaba arruinado.

Aquella tarde vendió lo que quedaba del club al prestamista Abraham Lobsley, en cinco mil dólares... dinero que Marshall debía al viejo avaro.

Aquella noche, Henry se emborrachó en el Diamond, un bar de ínfima categoría, sólo frecuentado por prostitutas y viejos negros alcoholizados.

Se sintió mareado cuando salió del bar. Henry no era un vicioso ni estaba habituado a empaparse en *whisky* matarratas como los viejos que llenaban el Diamond, rumiando sus penas ante mía botella de *whisky*.

No podía gritar como el reverendo Rifley:

—¡Maldito *whisky*, que embrutece a los negros de Harlem, mengua su inteligencia, su voluntad y su capacidad para incorporarse al mundo de los blancos! ¡No podía gritar tal cosa porque, como el mismo! Riffey, Henry destilaba alcohol aquella noche, mientras contemplaba, abatido, sus demacradas facciones ante el espejo de la funeraria Relax.

Ya no era un hombre rico y respetado, sino un paria más de los que pululaban por el barrio, y acaban, un día u otro, en los hospitales del Estado, tuberculosos, sifilíticos, cancerosos o... locos.

CAPÍTULO II

La calle estaba solitaria. Un vaho espeso, malsano, filtraba la luz de los postes de alumbrado.

Henry se volvió de un respingo al oír aquel gemido. ¿Dónde, quién...?

Se apartó con paso torpe de la funeraria y escrutó los oscuros rincones de la calle. A lo largo de la acera se alineaban los grandes cubos de basura. Junto al gimnasio Black Sansón, algún borracho o un perro callejero, había volcado uno de aquellos cubos y las basuras llenaban todo el andén.

Asombrado, Henry vio una pierna femenina sobresaliendo del montón de desechos. Y el gemido volvió a escucharse.

Rodeó los cubos, apartó las hediondas basuras y palpó en la penumbra. Sus dedos tocaron un cuerpo... ¡un cuerpo humano!

Retiró la mano y comprobó que estaba manchada de sangre. Murmuró una blasfemia y buscó una caja de fósforos con movimientos torpes.

Al fin, la llama parpadeante de una cerilla lució sobre las inmundicias. Henry estranguló el grito de sorpresa al contemplar el bello rostro femenino cubierto de cuajarones de sangre.

—Tú... tú eres Terry, la muchacha de la cafetería Uganda, ¿no es cierto? —murmuró, inclinándose sobre la joven.

Un sonido inarticulado le respondió. La muchacha no podía hablar. Su rostro, sus labios estaban hinchados, monstruosamente deformados.

Con gran esfuerzo, Henry tomó a la mujer y la arrastró hasta el hueco de la puerta de la funeraria. Y entonces comprobó que la muchacha tenía el brazo derecho roto.

Quienquiera que fuese había golpeado con sadismo a aquella mujer. ¿Una violación quizá? En Harlem, las violaciones eran numerosas cada noche.

Inquieto, advirtió las facciones blancas de Terry. Para un hombre de color, siempre es peligroso encontrarse con una mujer blanca en circunstancias semejantes. Si le sorprendieran ahora...

Henry había presenciado más de un linchamiento en Harlem. Por ello estuvo a punto de dejarse llevar por sus nervios y correr, correr todo lo que dieran de sí sus piernas y alejarse de aquel lugar.

No obstante, aguardó. Buscó un pañuelo y enjugó cuidadosamente la sangre de aquellos labios hinchados.

¿Qué podía hacer? Henry tenía la respuesta: detener un taxi y llevar a la desgraciada chica al hospital más cercano. Aquello era lo justo.

Se decidió. Arrastró a la muchacha hasta el próximo callejón de vecindad. Tras lo cual volvió al Diamond, buscó el teléfono y pidió un taxi.

Su borrachera se había esfumado en parte. Y ello le permitió distinguir las siluetas de los dos policías que acababan de apearse de un coche patrullero.

Su instinto le decía que debía retroceder. Y retrocedió al reconocer al teniente Howard y aquel policía gigantesco llamado Brazee.

—¡Eh, tú, detente! —gritó Howard con voz bronca.

Inmóvil, con los brazos caídos y la frente sudorosa, Henry quedó clavado en el suelo, mientras los policías se aproximaban.

—Vaya... Pero si es el bueno de Henry Marshall —se burló Howard, encañonándole con un revólver—. Tu actitud es muy sospechosa, Henry. Espero que no te importe explicarnos qué hacías por estos andurriales.

—Yo... Bueno, he bebido demasiado. Me dirigía a casa.

—Ya —gruñó el teniente—. Ve al muro y apoya las palmas sobre los ladrillos. Vamos a cachearte. Echa una ojeada por ahí, Brazee. Apuesto a que Marshall trataba de robar la funeraria.

De nada le valió protestar. Howard le empujó brutalmente y Henry fue a dar de bruces contra los ladrillos.

Howard pareció sorprenderse al no encontrar nada importante en sus bolsillos. Pero del callejón llegó la voz de Brazee:

—¡Eh, teniente! Hay una mujer aquí. Parece encontrarse muy mal.

Howard se apartó de Henry y escupió en el suelo.

—¡Cerdo! —gruñó—. Hueles a basura.

—Igual que esa chica. Parece moribunda, teniente —intervino Brazee, acercándose—. ¿No le parece sospechoso? Quizá Marshall la asaltó para violarla...

—¡No! —gritó Henry, exasperado—. Nada tengo que ver con ella.

La manaza de Brazee cayó sobre su rostro, brutal. Howard se volvió al escuchar el chirrido de unos frenos. Un taxi acababa de detenerse ante el Diamond.

—¿Son ustedes los que han pedido un taxi? —preguntó el conductor.

Howard miró a Marshall, sonriente.

—Lo pediste tú, Henry. Para esconder el cadáver de la chica, supongo.

Henry se sintió atrapado. Y decidió decir la verdad.

—La chica estaba muy mal y no me sentí capaz de abandonarla. Llamé un taxi para llevarla a un hospital. Ignoro quién la puso así.

Un nuevo bofetón de Brazee le obligó a callar.

—Trágate tus embustes, estúpido. Está claro que bebiste más de la cuenta, tropezaste con la chica y... Lo demás lo decidirá el juez. ¿Nos lo llevamos, teniente?

—Hasta un niño comprendería que eres culpable, Henry. Llévatelo, Brazee. Llamaré a una ambulancia. Tal vez pueda hacerse algo por esa chica —decidió el teniente.

Henry fue a protestar, pero calló. Borracho, torpe, débil, ¿qué podía hacer para escapar de las manazas de aquel gorila llamado Brazee?

En adelante, Henry no hizo nada por resistirse a lo inevitable. Estaba acabado, hundido, pero... todavía alentaba la esperanza de que el incidente se aclarase.

Brazee le obligó a meterse en el coche, después de esposarle, mientras el teniente Howard hacía una llamada por radio a la estación de policía.

Ya se disponía a partir el auto-patrulla, cuando otro automóvil llegó al fugar. Aterrado, Henry reconoció a Frederick Johnson, el fiscal de color. Detrás bajó el doctor Alloysius Smith, forense, también de color.

Howard se apresuró a bajar del coche-patrulla y se entrevistó

con el fiscal Johnson. Tras lo cual, el doctor Smith desapareció en el callejón, volviendo al cabo de unos minutos.

—Está muerta —oyó decir Henry. Y mudó de color, al ver que Howard le señalaba con el brazo extendido.

—¡Es mentira, mentira! —rugió, esforzándose en sacar la cabeza por la ventanilla—. La chica estaba viva, yo la encontré. Ellos... la han dejado morir a propósito, con el fin de que no pudiera declarar nada...

Brazee le golpeó en el estómago y Henry se desplomó sobre el respaldo, sintiendo que las náuseas alborotaban todo su ser.

Mareado, notó que el coche patrullero se ponía en marcha. No abrió los ojos. ¿Qué importaba lo que sucediera en adelante? Todo daba igual.

El estilizado «Ford-Mustang» que Milton Howard conducía fuera de servicio nada tenía que ver con los baqueteados y malolientes coches oficiales que utilizaba el policía en sus rondas a lo largo de las calles de Harlem.

Aquella mañana, Howard retiró su coche del mismo garaje donde George Tunnello guardaba sus caros automóviles de quince mil dólares.

Por alguna extraña razón, el teniente Howard experimentaba desasosiego aquella mañana. Inquieto, había abandonado Central Parle y se dirigía a Queens.

Hacia las once de la mañana, su bello automóvil azul metálico se detenía ante un airoso edificio de apartamentos en la zona residencial. Y la octava planta de aquel edificio pertenecía por entero a George Tunnello.

Howard dejó su coche en la calle, cruzó la acera con paso ligero y penetró en el edificio. El ascensor le dejó en un anchísimo pasillo alfombrado.

Dos jóvenes muy elegantes, de anchas espaldas y expresión altiva le salieron al paso.

—Milton Howard —se presentó el policía—. Quiero ver al señor Tunnello.

—Le verá. Pero antes tenemos que cachearle —le respondieron.

Howard se sintió humillado. Pero se resignó.

—Tengo mi revólver de reglamento —declaró, tragándose su rabia—. Se lo entregaré. Aquí está.

Uno de los jóvenes recogió el arma. Pero el otro le obligó a volverse de cara a la pared. Unas manos expertas le cachearon de pies a cabeza.

—Aguarde —le ordenaron.

«*Cochinos matones blancos*», pensó Howard, airado y humillado.

Aguardó, impaciente. Luego, uno de aquellos jóvenes sansones volvió al pasillo y dijo:

—Sígame.

Sus pies se deslizaron sin un rumor sobre la elegante moqueta azulada. Las estancias que atravesaba Howard estaban decoradas sin gusto, pero los muebles eran carísimos y el lujo desorbitado y fuera de lugar.

Tras del joven que le guiaba, Howard penetró, lleno de asombro, en un amplísimo cuarto de baño.

Tunnello se encontraba en una pileta tan grande como una piscina. Dos jovencitas de piel oscura y formas deliciosas le ayudaban a tomar el baño. Con tan escasa vestimenta, que Howard se sintió nervioso.

—Adelante, Howard. Puedes marcharte, Jim —dijo George Tunnello, de espaldas a la entrada.

Los ojos oscuros del policía recorrieron la inmensa pileta forrada en mármol verde, veteado de blanco. El aire estaba impregnado de vapor perfumado, tan intenso que embargaba los sentidos.

—Y bien, Howard, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Tunnello, sin volverse.

—Quisiera hablar con usted en privado, señor —dijo el policía, desviando la mirada para evitar contemplar la desagradable visión del cuerpo de Tunnello, esquelético, de piel lechosa y floja.

—Habla. Las chicas son de toda confianza —invitó el *gángster*.

Howard dudó un momento. Y al fin se decidió:

—Marshall no ha confesado. Creí que debía saberlo, señor.

—¿Que no ha...? —barbotó Tunnello con violencia—. ¡Increíble! Yo pago a la mitad de los policías de Harlem... ¿y qué consigo con esto? Que tú, Howard, repugnante negro, vengas a decirme que os sentís impotentes, que no sois capaces de doblegar a ese maldito Marshall...

Howard enrojeció. De buena gana hubiera golpeado a Tunnello

hasta que su descolorida piel se volviese roja, pero...

—Lo siento, señor —murmuró, nervioso—. Yo..., Brazee, todos hemos hecho todo lo posible, ¿comprende? Marshall está deshecho. Pero no confiesa. Por otra parte, no puedo quedar en evidencia ante el capitán Kreinberg. Kreinberg es el jefe de la estación. Y es blanco, señor Tunnello.

—Yo di órdenes de que se sobornara a Kreinberg, ¿no es cierto?

—Sí. Pero yo no puedo hacerlo. Compréndame: Kreinberg puede aceptar o no. Si se niega, me expulsarán de la policía y yo habré arruinado mi carrera.

—De acuerdo —replicó Tunnello, rabioso—. Yo me ocuparé de Kreinberg. ¿Para qué lleno los bolsillos de una pandilla de inútiles...?

Era curioso George Tunnello. Tan pronto se expresaba con toda indiferencia, como estallaba en accesos de indescriptible cólera.

Su expresión facial cambiaba continuamente. Ahora sonreía cínicamente y de repente su rostro se crispaba en un rictus de locura, para volver de pronto a modular la voz con acento suave, monótono, insinuante.

Las dos chicas de color que le cuidaban no parecían muy impresionadas. Pero Howard se sentía aterrado ante la fría insistencia de las pupilas verdosas de los ojos de Tunnello.

—Señor, no hay ningún motivo de preocupación —explicó, servil—. Marshall no supone ninguna molestia. El fiscal Johnson está convencido de que es culpable. Marshall será condenado. Sin embargo...

—Sigue, querido Howard. —Tunnello sonreía, en uno de sus típicos cambios de humor, propios de un psicópata.

—Sin embargo, no las tengo todas conmigo —confesó el policía—. Marshall es más duro de lo que imaginé. A pesar de que físicamente está deshecho, no sólo se resiste a confesar lo que nos conviene, sino que también se ha atrevido a amenazarme.

—¿Amenazarte? —rió George—. ¿Un tipo que tiene la soga al cuello?

—Yo no le despreciaría, señor —respondió Howard, sin humor—. Marshall es lo que podríamos llamar un hombre simpático. Tiene amigos a docenas. O al menos, los tenía. Dijo que conocía mis pasos, uno por uno. Que me acusaría ante el fiscal, aportando

documentos. Afirmó que demostraría, con la ayuda de un detective privado licenciado en Derecho, que usted nos había sobornado para que le cargásemos la muerte de Terry Brown. Por otra parte... el mismo fiscal ha buscado un abogado defensor para Marshall. Se trata de Thurgod Brice, un negro que goza de gran fama en los tribunales neoyorquinos.

—Tonterías —exclamó Tunnello, nervioso.

—No me siento muy seguro. Un buen criminalista como Brice podría desenterrar muchas cosas. Entonces yo estaría perdido, pero usted, señor, también pagaría las consecuencias, ¿quiere entenderlo?

—¡Al diablo! —gritó Tunnello, volviendo a excitarse—. Yo me ocuparé de arreglarlo todo. No puedo olvidar a Marshall. Ese cochino fue el primero que puso sus manos sobre mí... ¡Quiero que pague con su pellejo! Por eso silencié la muerte de Wallace, por eso ordené incinerar su cadáver en el mayor secreto.

—Tal vez las pruebas que hemos acumulado contra Marshall se diluyan en el aire cuando Thurgod Brice comience su trabajo —murmuró el policía, distraído.

—En ese caso —pronunció George Tunnello con lentitud— tendremos que dejar a Marshall en libertad.

Milton Howard murmuró una imprecación. Pero Tunnello sonreía, enigmático.

CAPÍTULO III

Aquellos cuatro días habían resultado horribles para Henry Marshall. Ahora conocía, a su costa, lo que significaba ser detenido, acusado de asesinato.

En la estación de policía, la mayor parte de los agentes eran hombres de color. Pero tal circunstancia no significaba nada para Henry, que tenía más sangre blanca que negra, aunque se sintiese negro por vocación y convicción.

Brazee, en la estación, le empujó brutalmente hacia la mesa del oficial detective de guardia.

—¿Nombre? —preguntó el sargento.

—Henry Marshall.

—Edad, sexo, domicilio —exigió impasible su interlocutor. Henry facilitó aquellos datos. El sargento escrutó fríamente sus claras facciones y preguntó:

—¿Negro?

—Sí —respondió el detenido con firmeza.

Le despojaron de todas sus pertenencias: seis billetes de un dólar, algunas monedas, un arrugado paquete de «Camel», el permiso de conducir, el solitario formado por un bello rubí facetado...

Brazee le entregó a los dos policías de uniforme que aguardaban a su espalda. Aquellos hombres le agarraron por los codos y le empujaron a lo largo de un pasillo mal iluminado, hediondo.

Detrás de él sonó la voz de Howard, áspera y burlona.

—Oblíguenle a ducharse. Huele mal. Y asegúrese de que no lleva sobre sí drogas u otros objetos escondidos.

Las paredes de desnudos ladrillos rezumaban humedad y el aire ofrecía un desagradable olor, mezcla de poderosos esterilizantes y orines agrios.

Torcieron a la derecha y penetraron en un hediondo servicio

higiénico. Uno de los policías le libró de las esposas y ordenó secamente:

—Desnúdese.

Henry comprendió que era absurdo protestar. Tuvo que desnudarse, que someterse a la humillante y vergonzosa inspección íntima de que le hacía objeto uno de los policías, con una mano previamente enguantada.

Tiritaba. El más fornido de los agentes ordenó burlón:

—Vamos, *quisling*[1], entra ya en la ducha. No hay agua caliente, pero ¿qué esperas encontrar en la cárcel, muchacho lindo?

Le insultaba a propósito, envidioso, porque él policía era gordo, barrigudo, seboso. Y Henry poseía una figura esbelta, viril, armoniosamente musculada, como tantos otros individuos de la raza negra.

Henry les daba la espalda, indeciso. No era un hombre tímido, había cumplido treinta años y hecho el servicio militar en Vietnam, por lo que estaba curado de aquella clase de complejos.

Sin embargo, le molestaba exhibirse desnudo ante aquellos hombres. Y le repugnaba entrar en la maloliente ducha, de baldosines manchados de mugre.

Entonces el policía que acababa de hablarle, le tomó por el cuello y le empujó con fuerza hacia la ducha. Sus pies resbalaron, se fue al suelo y se golpeó dolorosamente contra el marco metálico de la puerta batiente.

Una cólera ardiente puso calor de hoguera en su pecho. Locamente se puso en pie de un salto y tensó sus músculos. Pero ¡cielo santo!, hubiera sido una locura: aquellos hombres eran policías, estaban armados...

Optó por tragarse su rabia. Les dio la espalda y abrió el chorro de la ducha. El agua helada le obligó a gritar de sorpresa. Quiso salir, pero el policía barrigudo le empujó de nuevo hacia adentro.

—Siga bajo la ducha. Huele mal todavía —gruñó.

Hubo de obedecer, resignado. Al cabo de un cuarto de hora bajo la ducha y a pesar de frotarse continuamente y moverse sin descanso, Henry comenzó a toser.

Sus músculos empezaban a acorcharse, a perder la flexibilidad y la cabeza le dolió intensamente. Entonces se apoyó sobre los sucios baldosines del alicatado y dejó de moverse. Pero tosía y tosía

secamente.

Sólo entonces le permitieron salir y vestirse sus sucias ropas. Salió tambaleándose, gimiendo, dolorido y humillado hasta las heces.

Hacia las tres de la madrugada, Henry era introducido en una celda. La puerta metálica se cerró tras él y alguien encendió una pequeña bombilla empotrada en lo alto, que derramaba una vaga claridad amarillenta.

Al fondo del estrecho habitáculo había un camastro. Henry se dejó caer sobre él. La colchoneta estaba llena de mugre grasienta y la única manta hedía a sudor agrio y a suciedad humana.

Ni siquiera podía permitirse el lujo de sentirse asqueado. Henry se arropó con aquella sucia manta y quedó inmóvil, respirando estertorosamente.

Dos cucarachas entablaron una rápida carrera junto al muro. Henry cerró los ojos, asqueado. Temblaba de frío continuamente. No acababan de reaccionar sus músculos y su piel estaba yerta, amoratada.

Le dolía hasta el alma, pero se puso en pie y ahuyentó a las cucarachas. Luego se apoyó en el muro y realizó rápidas flexiones de piernas y brazos, alternadas con profundas respiraciones.

Algunos minutos después sus músculos reaccionaban y el calor volvía a su cuerpo maltratado. Sintiéndose tan débil como un niño, pero algo más confortado, Henry volvió al lecho y se cubrió con la manta.

La inquietud le dominaba, impidiéndole conciliar el sueño. Sin embargo, poco a poco el cansancio se apoderó de su organismo y un sueño pesado, de animal herido, le embargó.

Inmediatamente, la puerta de la celda se abrió. Howard y Brazee penetraron en la celda y le arrancaron del sueño en que se hallaba sumido.

No le dieron tiempo de reaccionar. A empellones le alzaron del camastro y le arrastraron al pasillo.

En la pequeña habitación sin ventanas donde le introdujeron había otros tres hombres. La pieza estaba desprovista de muebles. Había un banquillo en el centro y un potente foco sustentado por un trípode metálico.

—¡Siéntate! —gritó Brazee. Y le despidió de un codazo.

Cuando Henry quiso alzar los ojos, una luz potente, blanca e hiriente le obligó a cerrarlos.

—¡Abre los ojos! —gritó alguien.

—¡Mírame, Marshall!

—Empezarás por el principio. Háblanos de Terry Brown. Te gustaba, ¿eh?

—Pero no pudiste conseguirla por las buenas...

—Y la mataste...

—Contesta.

—¡Contesta!

—¡¡CONTESTA!!

Henry se tapó los oídos con las manos, desquiciado. Pero alguien separó sus brazos de sendos tirones y le agarró por los cabellos para obligarle a alzar el rostro.

Cinco hombres en corro le rodeaban, le acosaban. Parecían cinco sabuesos disputándose a la débil e inofensiva presa.

Le martirizaban, le inquietaban, le asustaban, le atosigaban.

Preguntas maliciosas, gritos que le perturbaban, manotazos bruscos, empujones. Preguntas, gritos. Preguntas, preguntas, preguntas...

—¡Déjenle respirar! —gritó alguien con voz autoritaria.

Los hombres que le acosaban desaparecieron del círculo luminoso y un nuevo personaje apareció ante Henry.

Era un blanco, de alta estatura, rostro severo, pero de facciones que inspiraron confianza al detenido.

—Soy el capitán Kreinberg, señor Marshall. ¿Quiere un cigarrillo? —Kreinberg le ofrecía una cajetilla de «Winston», abierta, con un ademán amable.

Henry tomó un cigarrillo con gran ansiedad y lo encendió en la llama del mechero que Kreinberg le acercó. Aquel hombre parecía distinto, a pesar de ser blanco. Parecía más franco y humanitario que los policías de color.

Aspiró profundamente el humo del cigarrillo y lo lanzó con fuerza hacia el foco. Un suspiro escapó de su pecho.

—Gracias —murmuró, mirando al capitán.

—Sólo pretendo ayudarle, Marshall. Está usted involucrado en la muerte de una joven llamada Terry Brown. Existen ciertos indicios en su contra, no puedo negarlo. ¿Por qué no acepta las cosas como

son, muchacho? Una confesión le ahorraría muchos sinsabores... teniendo en cuenta que los detectives a mis órdenes no son hombres suaves, como habrá podido comprobar. Confiese, Marshall. Usted no está fichado y el tribunal lo tendría en cuenta.

Por toda respuesta, Henry arrojó el cigarrillo a sus pies y lo pisoteó.

—Me equivoqué, capitán. Es usted como los otros. Llevan una hora martirizándome, vejándome, tratándome como a un animal sanguinario. Pero no voy a confesar nada. Soy inocente —dijo con rabia.

Kreinberg sonrió despectivo y desapareció del círculo luminoso. Inmediatamente Howard y los otros volvieron a acosarle como perros rabiosos.

Tornaron a producirse las amenazas, los gritos, los insultos.

Henry se caía de sueño y de fatiga. Se sentía mortalmente cansado y había perdido toda esperanza en la humana justicia. Ni siquiera tenía ilusión por seguir viviendo. Pero callaba, callaba y callaba.

En verdad, ¿qué podía decir? Sólo lo que había declarado al principio. No era un criminal. Había cometido, sí, algunos errores en el pasado. Pero ello no le hacía merecedor de aquel trato vejatorio.

—Vamos, Henry: tienes que hablar. La condena será suave.

—Tienes que confesar.

—¡Confiesa!

—¡¡CONFIESA!!

Poco a poco, Henry se iba rodeando de una capa de insensibilidad, como si le hubiera brotado espontáneamente una segunda piel, más dura y coriácea, que le protegía de todo el mal que pudiera recibir del exterior.

Apenas escuchaba ya aquellas voces insidiosas. Cierto que de cuando en cuando un grito de energúmeno le obligaba a estremecerse, a saltar sobre el banquillo. Luego volvía a sosegar, a rodearse de mortal indiferencia.

El interrogatorio se alargaba horas y horas. A veces le ponían un cigarrillo encendido en los labios, pero se lo retiraban antes de que hubiera podido dar la primera ávida chupada.

Todo ello de forma continua, enloquecedora. A los gritos

desaforados y a las amenazas gritadas en voz alta, sucedían los ruegos, las promesas insinuantes, las palabras suaves y engañosas.

Henry no se fiaba de promesas. La vida en Harlem le había enseñado a desconfiar de los policías. Nada de esperanzas de obtener una condena suave si confesaba: Henry sabía que si confesaba lo que no había hecho no existiría ya salvación para él.

Las horas pasaban lentas, en atroz suplicio. Los policías se cansaban, salían, eran relevados por otros, y volvían al fin, encorajinados, con más saña, con nuevos bríos.

A las siete de la mañana, el fiscal Frederick Johnson penetró en la habitación. Inmediatamente, los policías se apartaron y el foco fue apagado y sustituido por una lámpara más suave y distante.

—No ha confesado, señor —reconoció Howard con voz rabiosa.

Johnson observó al detenido con fijeza. Vio sus mejillas demacradas, sus cabellos pegajosos, despeinados, sus párpados hinchados, sus ojos enrojecidos, su aspecto de total abatimiento.

Hubo un destello en sus ojos, un brillo, de piedad. Pero sólo duró un segundo. Al cabo su rostro volvió a adoptar su impenetrable expresión oficial.

—Creo que debe pensar bien, Marshall. Hay pruebas contra usted. Fue sorprendido en el lugar del crimen, con las manos manchadas de sangre de la víctima y sus ropas impregnadas de la misma basura que cubría el cadáver de la pobre Terry Brown —dijo Johnson con voz adusta, sin perderle de vista.

Henry no abrió los labios. Entonces Johnson le informó:

—La ley me autoriza para tenerle en este cuartel durante setenta y dos horas. Tres días completos, durante los cuales se sucederán los interrogatorios. Sin embargo, no será objeto de malos tratos...

Henry le interrumpió con una seca carcajada.

—«*No será objeto de malos tratos!*» —repitió con triste ironía—. Seguramente, usted es como ellos, Johnson. Sólo desea un culpable, sea el que sea. Pero yo no maté a esa muchacha, ¿lo oye? ¡Negaré, negaré siempre, porque ella estaba viva, aunque muy mal, cuando la encontré! Si el teniente Howard se hubiera dado prisa en avisar a una ambulancia o utilizar el taxi que yo había llamado, la chica viviría ahora, quizá. ¡Y ella hubiera desenmascarado al canalla que la atacó! —gritó con voz ronca, apenas reconocible.

Johnson movió la cabeza incrédulo. Detrás del fiscal, Howard

parecía muy inquieto y receloso.

—Sabe usted fingir muy bien, Marshall —respondió Johnson, al cabo—. Sus palabras tienen el acento de la verdad. Pero he aprendido a no fiarme de meras palabras y sí de los hechos. Usted es sospechoso de asesinato. Pero hay más.

Henry alzó la cabeza.

—¿Más? —preguntó con cierto interés.

—Acabo de recibir el informe del doctor Smith. Terry Brown fue violada antes de morir. Ahora por tanto, la acusación es doble: violación y asesinato. Le aconsejo que se busque un buen abogado, Marshall. Lo va a necesitar.

CAPÍTULO IV

Aquel mismo día, el abogado Thurgood Brice fue autorizado a penetrar en la celda de Marshall. Brice era un negro delgado y ágil, de rostro redondo y ojillos sagaces protegidos por lentes graduadas. Tenía los cabellos grises y vestía un excelente traje de alpaca.

En cuanto la puerta de la celda se cerró a su espalda, el abogado se aproximó a Marshall y puso una mano sobre su hombro.

—Animo, muchacho. Parece muy abatido. Sin embargo, debe haber una solución a su caso —dijo, cordial.

—Pero usted no parece muy optimista, ¿verdad, señor Brice? —dijo Henry.

Brice no rehusó la mirada que le dirigía Marshall.

—Confieso que las circunstancias nos son adversas, pero desde que acepté su defensa esta mañana, me he permitido avanzar algunos pasos. En mi entrevista con Geoffrey Gaidon, dueño del bar Diamond, tenía puestas mis esperanzas, pero...

—No ha obtenido nada positivo —respondió Henry, desesperado.

—Dijo que el Diamond estaba lleno aquella noche, que no podía recordar muy bien. Declaró que no podía asegurar si había estado usted allí o no.

—Pero... ¡estuve charlando con él, en la barra! Geoffrey miente: me conoce bien.

—Ésa fue también mi impresión: alguien le ha convencido de que debe callar. Si supiéramos quién es esa persona...

—¡Howard! —Henry se había incorporado de un salto—. Ese policía parecía muy interesado en cargarme el asesinato de la pobre chica. Howard tiene la respuesta, pero no dirá nada. ¡Es desesperante! Me condenarán...

Brice le miró con lástima. Porque era cierto que Marshall estaba desesperado. En dos días había adelgazado más de seis kilos.

—Vamos, vamos, muchacho. Queda mucho por hacer. Mañana será trasladado a la penitenciaría del estado de Nueva York. Allí podremos hablar con mayor tranquilidad. Debe pensar con calma, recordar, segundo a segundo, todo lo que ocurrió ese día...

—Me es indiferente ya —respondió Henry, desanimado—. Geoffrey ha fallado al igual que Crayton. Confiaba en Crayton: es un buen detective y un hombre honrado. Pero se ha disculpado arguyendo sus múltiples tareas. Es una disculpa, ¿no lo comprende? Alguien le presiona... ¿Qué más puedo hacer?

Brice se incorporó.

—Está haciendo bastante, Henry. Resista, conserve el ánimo. Puede ocurrir algo inesperado, providencial. En cualquier caso, yo seguiré junto a usted. Puede contar conmigo. Puede jurar que no me dejaré sobornar —dijo con voz firme.

Henry separó sus manos de sus pálidas facciones y se puso en pie.

—Gracias, señor Brice. En usted confío. Por desgracia, no sé cuándo podré pagarle —murmuró con torpeza.

—Eso carece de importancia —sonrió, cordial, el abogado—. Hasta pronto.

Cuando quedó solo, Henry pensó con amargura en Rosalind Hammond, la primera estrella de su club, la mujer que se lo debía todo a él, que le había dedicado las más apasionadas caricias en otro tiempo, pero que... no había hecho nada por tenderle una mano en la desgracia.

Tampoco había recibido la ayuda de los amigos y empleados a los que había llenado de dinero los bolsillos cuando las cosas iban bien.

Pensaba en todo ello, cuando le sorprendió la súbita vuelta de Thurgod Brice, que parecía un tanto alterado.

—He convencido al sargento de guardia para que me dejase volver, Henry. Pero creo que era conveniente informarle de ello —dijo el abogado.

—¿De qué se trata? —preguntó el preso, con interés.

—Tanto a la entrada como a la salida, he visto a unos individuos a la puerta de la estación de policía.

—¿Quiénes eran?

—Tres blancos, de zafio aspecto, toscos y brutales. He perdido

unos minutos en hacer algunas averiguaciones. Y he sabido que se trata de Ken, Barton y Owen Brown, hermanos de Terry Brown. Ignoro qué es lo que esos individuos se proponen, pero su actitud me pareció sospechosa. Buenas tardes, Henry.

Cuando el abogado tomó a marcharse, Henry se sentía inquieto. Así que los hermanos de la víctima vigilaban en la puerta. ¿Qué querían? ¿Acaso pretendían lincharlo a la primera oportunidad?

Se sentía débil, pero había recobrado un tanto el ánimo. Aunque Johnson había dado instrucciones al respecto, la verdad era que a Henry Marshall no se le había ofrecido comida a lo largo de cuarenta y ocho horas.

Media hora después de marcharse Brice, exvigilante abrió la puerta, seguido de un camarero chino. El chino llevaba una bandeja humeante en las manos, que depositó en el suelo a una señal del policía.

Henry se abalanzó sobre la bandeja. Estaba llena de manjares apetitosos: salchichas en salsa, *poi-poi*, carne salada en salsa roja, pescado rehogado y un par de bollos crujientes.

La nariz de Henry se dilató al aspirar el fragante aroma de la comida. ¿Era posible tanta gentileza por parte de la policía?

Ya se disponía a comer, ansioso, cuando la desconfianza se apoderó de él. ¿Quién podía asegurarle que la comida no estaba envenenada?

—Vamos, muchacho, no seas estúpido —dijo el policía que le observaba sonriente—. ¿Vas a desperdiciar un menú como éste? Ajá, ya veo... ¿Desconfías?

—Sí —confesó rudamente Henry.

—Haz lo que gustes. Pero, oye, esta comida debe estar riquísima. Y yo no he probado bocado en todo el día. ¿No te importa que coma un poco?

—¡Coma! —exclamó el preso—. ¡Hátese!

El policía tomó la cuchara y probó un poco de cada plato. Tras lo cual se alejó hacia la puerta, limpiándose los labios con un pañuelo.

—Exquisita... ¡Exquisita! —le oyó decir Henry.

En cuanto se hubo cerrado la puerta, el preso se lanzó sobre la comida como un animal hambriento. Comía sin masticar, con una voracidad indescriptible.

La comida estaba sabrosísima, desde luego. Excesivamente sabrosa, cargada de sal y de especias.

Diez minutos después de terminar la comida, Henry sintió que su estómago ardía. Sentía sed, una sed intensa, insoportable. Pero en la celda no había agua ni servicio higiénico.

Al fin, su estómago se desató en ardores intolerables y Henry golpeó la puerta con la escasa fuerza de sus puños.

—¡Agua, por favor! Necesito agua... —gritó—. ¡Esa maldita comida...!

Al otro lado resonó la carcajada burlona del vigilante. Pero la puerta no se abrió.

Durante toda la tarde, Henry se revolcó sobre el camastro asaltado por tremendos ardores. Sus entrañas ardían, su estómago se perforaría dolorosamente...

Muchas horas después, la puerta se abrió y Howard penetró en la celda, acompañado de Brazee y otro policía. El teniente traía una jarra en la mano.

Al ver el agua, Henry se abalanzó irrazonablemente sobre él. No llegó a tocar a Howard, porque el gigantesco Brazee le derribó de una zancadilla.

Howard se aproximó y dejó caer un hilillo de agua clara sobre el suelo.

—Aquí está el agua, querido Henry. Para ti, esta jarra supone ahora el mayor tesoro sobre la tierra, ¿me equivoco? Pues bien, si la quieres, es fácil: sólo tienes que confesar que asesinaste a Terry Brown —dijo.

Marshall, sujeto en el suelo por Brazee y el otro policía, se afanaba en alcanzar con sus labios el hilillo de agua. Tan patética era su actitud, que Howard rió a carcajadas estruendosas.

—¿Confesarás, Henry? —insistió.

Perdido el control, Marshall se debatió salvajemente entre los brazos que le sujetaban, intentando alcanzar de una patada al oficial.

—No tendrás mi confesión, cerdo —rugió.

Howard vertió el agua de la jarra sobre sus ropas.

Los tres hombres se marcharon y Henry quedó tiritando y sintiendo que sus entranas iban a desgarrarse de un momento a otro.

De pronto se puso en pie. Una idea acababa de apoderarse de él. Si quería evitar que su estómago se perforase, había una solución: vomitar toda la comida que había ingerido.

Le costó atroces sufrimientos, pero lo consiguió. Tras lo cual se dejó caer sobre el camastro y permaneció inmóvil, experimentando una gozosa laxitud.

Al anoecer, Henry gritó pidiendo ser llevado al lavabo. Tuvo que esperar mucho tiempo antes de que la puerta se abriera. Dos policías le escoltaron hasta los servicios situados al final del pasillo.

Henry se abalanzó sobre el grifo del más próximo lavabo, pero los policías estaban prevenidos y le impidieron beber.

—Entra ahí, si quieres. Pero no probarás una gota de agua —le ordenaron.

Entonces, Henry penetró en el retrete, tiró de la cadena y puso sus manos bajo el chorro que limpiaba el inodoro. No experimentó la menor repugnancia. Bebió y bebió en sus manos hasta saciarse.

Cuando salió, una sonrisa extraña animaba sus pálidas facciones. Sabía que había triunfado, que ahora podría resistir por lo menos hasta el día siguiente.

Sospechando lo que había ocurrido en el retrete, los policías le devolvieron a trompicones a su celda. Pero Henry no protestó. Cerrada la puerta de su celda, se acurrucó en el lecho y se arrojó con la hedionda manta.

Debía recuperar sus fuerzas, poner en orden sus ideas. Respecto a lo que ocurriría en el futuro, Marshall no podía abrigar muchas esperanzas.

La idea se le ocurrió de pronto: lo mejor era huir, en cuanto se presentase una oportunidad.

Que las cosas no iban a ser fáciles para él, de sobra lo sabía. Tendría que esconderse como una rata. O como las cucarachas que recorrían la celda.

Pero Henry conocía muy bien su barrio, Harlem. Había bloques de viviendas donde nadie hacía preguntas. Dormir costaba tres dólares, pero Henry tenía en el Banco un pequeño saldo de ciento sesenta dólares.

Bastaría con entregar su saldo a Abrabam Lobsley, y el prestamista le facilitaría la mitad en metálico. Es decir, unos ochenta dólares, quizá algo menos.

No era mucho, pero suficiente para empezar. Más adelante...

CAPÍTULO V

A las diez de la mañana, Marshall fue sacado de su celda. En el pasillo había dos agentes con rifles en las manos.

Los dos detectives que le esposaron eran desconocidos para Henry, pero ambos se distinguían por sus maneras rudas y sus expresiones herméticas.

—¿Adonde me llevan? —preguntó el preso, inquieto.

—Ya lo sabrás —fue la seca respuesta.

El sargento de guardia le entregó sus escasas pertenencias y le obligó a firmar un recibo. Del pasillo que comunicaba con la calle llegaba el rumor propio de una muchedumbre excitada.

—¿Qué es eso? —inquirió Marshall—. ¿Qué ocurre?

El sargento sonrió desagradablemente.

—Deben ser tus amigos, Henry. Se han reunido en la puerta para darte su más cariñosa despedida —se burló.

Los detectives le empujaron por los codos y le empujaron fuera.

A la puerta de la estación de policía se agolpaba un grupo compuesto por unas dos docenas de personas que vociferaban sin cesar. La mayoría eran negros, conocidos de Henry. Provocadores de profesión, que aceptan unos dólares a cambio de organizar tumultos o manifestaciones violentas.

En cuanto vieron salir a Marshall, algunos de ellos comenzaron a gritar insultos. Al frente de la turba estaban tres hombres blancos, robustos y rudos.

—Los Brown —murmuró Henry. Y se detuvo, cegado por el sol.

Todo sucedió en breves instantes. Uno de los Brown lanzó un grito y la muchedumbre se arrojó sobre el preso. Alguien golpeó a Henry en la nuca y sus rodillas se doblaron.

Cayó sobre los peldaños y docenas de manos le agarraron inmediatamente. Marshall, atontado, apenas sintió los golpes que caían sobre él.

—¡Linchemos al asesino! —gritó alguien, excitado, mientras detrás del grupo los dos detectives permanecían cruzados de brazos, contemplando en actitud pasiva el intolerable incidente.

El capitán Kreinberg apareció de pronto en la puerta, seguido de un retén de policías que empuñaban rifles.

—¡Apártense, apártense o daré orden de disparar! —gritó Kreinberg, encolerizado, al ver al preso, escarnecido, a merced de los provocadores.

Los dos detectives encargados de escoltar al preso entraron en acción entonces, golpeando y disgregando a la multitud. Y al fin la turba fue disuelta.

Marshall estaba en el suelo, inmóvil, ensangrentado. No estaba muerto, ni siquiera había perdido el conocimiento. Pero el terror le dominaba, porque había sentido la muerte muy cerca.

—¿Qué esperan? —bramó Kreinberg a los policías—. ¡Ayúdenle!

Viendo las ropas destrozadas del preso, sus cabellos manchados de sangre y su rostro monstruosamente hinchado y amoratado por los golpes, el capitán Kreinberg tragó saliva.

—Corcoran, Edson —ordenó a los detectives—. Lleven a Marshall adentro. Más tarde hablaremos de esto. Creo que voy a formarles expediente a los dos.

Corcoran se alzó de hombros y empujó al detenido escalones arriba.

Media hora después, restañadas sus heridas y recompuesto un tanto su aspecto, Henry Marshall era introducido en la furgoneta celular sin incidentes.

Uno de los detectives sacó otras esposas y unió las del preso con el tubo metálico que servía de soporte a un banquillo. La puerta trasera se cerró.

Dentro del oscuro habitáculo olía a orines y a desinfectantes. Henry se dejó caer sobre el banquillo en el momento en que el automóvil arrancaba.

Una intensa irritación le dominaba. Le dolía todo el cuerpo después de la paliza recibida, pero aquello era lo de menos. Lo peor era la humillación y el miedo que había pasado.

Por lo demás, dentro de su horrible situación, se sentía satisfecho. Howard, el mezquino policía negro, y Brazee, su salvaje camarada, no volverían a poner sus manos sobre él.

La prisión no sería tan mala. Henry había oído hablar vagamente de la cárcel. La comida era mala, pero podría fumar, leer y descansar en paz.

La furgoneta celular había aumentado su velocidad sensiblemente. Dentro de aquel lugar maloliente, oscuro y vibrante, Henry comenzó a sentir unas atroces náuseas. Se sentía terriblemente mal cuando el vehículo se detuvo y alguien abrió la puerta posterior.

—Baja.

—No puedo —murmuró, mareado—. Las esposas... Le libraron de los grilletes que le sujetaban al asiento. Bajó, tambaleante, y aspiró con ansia el aire fresco del exterior.

Miró a su alrededor. Le rodeaban altísimos muros de hormigón. Allá arriba, se veían las garitas de los vigilantes, los focos...

El ánimo se le encogió. Pero los policías le empujaron hacia una alta puerta metálica. Uno de ellos oprimió un timbre y exhibió su documentación ante el guardián que salió a recibirles.

Pasaron. Un corredor anchísimo, dividido cada treinta metros por altas verjas de hierro. Sobre el piso sus pasos resonaban con eco.

¿Cómo definir el olor que flotaba en el aire? Imposible. Henry sólo podía admitir que todo lo que le rodeaba servía para acongojarle, para encogerle el ánimo, para disminuirle.

Caminaba como un autómatas, sin voluntad propia, guiado por los discretos empujones de los policías de escolta.

Finalmente le empujaron hacia una habitación estrecha, de paredes desnudas, con una mesa y un armario metálicos por todo mobiliario.

El funcionario que se encontraba detrás de la mesa, contestó con un murmullo al saludo de los policías y pidió que quitasen las esposas al preso.

—Henry Marshall, ¿eh? —gruñó. Y el preso se sintió taladrado por un par de ojos grises—. Este hombre ha sido golpeado, según veo. Tendré que reseñar las lesiones que presenta en el recibo correspondiente. La prisión no se hace responsable de lo que ocurra a los detenidos fuera de sus muros.

Los detectives se alzaron de hombros, con indiferencia. Entretanto, el oficial de prisiones extendió un recibo, lo firmó y lo

entregó a los policías, que abandonaron la desnuda habitación en seguida.

Henry ni siquiera advirtió su ausencia. Pero la voz del oficial le sobresaltó.

—Desnúdese.

Obedeció, con lentitud. Se sentía humillado. Pero eran tantas vejaciones ya, que una más...

El funcionario abrió el armario y fue arrojando sobre la mesa las prendas del uniforme penitenciario. Y Henry no experimentó repugnancia al vestirse aquellas ropas por la sencilla razón de que... estaba tiritando de frío.

El oficial le guió hasta la primera reja de la galería y le entregó a otro oficial, un hombre grueso y canoso, de facciones rojizas y apopléjicas.

—Conque tú eres Marshall —gruñó aquel hombre moviendo la cabeza—. Pues cuídate, hijo. No creo que encuentres un ambiente muy propicio aquí.

—No lo comprendo... ¿Por qué?

—¿Lo preguntas? Eres negro, Henry, y has matado y violado a una mujer blanca. Aquí tenemos a algunos negros, pero hay muchos más blancos. Lo tipos como tú no despiertan simpatías, hijo.

Henry se estremeció. ¿Tampoco iba a poder vivir tranquilo en la prisión?

Le llevaron hasta la puerta marcada con el rótulo:

«DUCHAS. DEPARTAMENTO DE DESINFECCIÓN-
DESINSECTACIÓN».

Un hombre con el uniforme de presidiario salió a su encuentro.

—Es Henry Marshall. Destino: galería D. Ocupate de él, Keene —ordenó el funcionario. Y les dejó solos.

Keene era blanco y corpulento. Le tomó por un brazo con brusquedad y le llevó pasillo adelante.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Henry, inquieto.

Keene se detuvo, le miró de arriba abajo y lanzó una carcajada.

—¿No has pisado nunca la cárcel, negro? Hay que entrar en la ducha y pasar por la cabina de desinsectación. Veamos... ¿Tienes dinero? A los que se portan generosamente conmigo suelo dispensarles un trato de favor.

—Sólo tengo seis dólares, pero no están en mi poder.

La expresión de Keene se tornó más hosca y venenosa.

—Entonces desnúdate y entra en la ducha —ordenó fríamente.

Obedeció, temblando de frío, de odio y de miedo a lo desconocido. Y en cuanto hubo penetrado en la ducha, los chorros de agua helada cayeron como dardos sobre su piel a toda presión.

Marshall exhaló un alarido.

—¡Por... favor, Keene! ¡No puedo resistirlo! El agua está helada —gritó.

Fuera resonó una burlona carcajada.

—Más helado estará el cadáver de la mujer blanca a la que asesinaste y violaste, negro asqueroso —respondió Keene, hiriente.

Henry intentó escapar, pero la puerta era de hierro muy resistente, y sus pies resbalaban sobre el mojado piso.

De repente, la sensación de frío intenso cambió. Primero fue una oleada de chorros de agua tibia, deliciosa. Pero inmediatamente el agua se tomó tan caliente que abrasaba su piel.

Gritó y gritó, desesperado, como una res en el matadero, pero la puerta no se abrió. Sólo cuando toda su piel morena estuvo enrojecida, Keene apareció ante él. Sonreía burlón e incluso le tendía una mano para ayudarle a salir.

—Keene... maldito bribón —balbució Marshall—. Eres un malvado, una bestia repugnante... ¡Que Dios te maldiga!

Su interlocutor dio un brusco tirón de su brazo y le proyectó contra la pared cercana. El golpe fue tan rudo y doloroso que Henry cayó al suelo y quedó inmóvil, boqueando como pez fuera del agua.

Keene se aproximó y alzó una pierna, amenazando.

—No vuelvas a insultarme, piojoso, a no saldrás vivo de aquí —gruñó.

Henry callaba y respiraba con ansia, absolutamente desnudo. Y cuando Keene le ordenó que se incorporase, obedeció, sumiso como un corderillo.

El preso le empujó por el pecho y le obligó a penetrar en una cabina metálica, hermética, cuya puerta de hierro ovalada apenas disponía de una pequeña mirilla de cristal.

La puerta se cerró tras Henry. Poco a poco subió de volumen aquel rumor cadencioso. Luego surgieron los chorros de polvos insecticidas. Brotaban del suelo, de los costados, del techo. Y le

asfixiaban.

Contuvo la respiración hasta que no pudo aguantar más y tragó una bocanada de aquellos asquerosos polvos.

Golpeó la puerta, sintiéndose morir. Y entonces vio a Keene, asomado a la mirilla y mostrándole... ¡una mascarilla!

Es decir: a los presos que penetraban en aquella cabina les entregaban una mascarilla para que pudieran respirar. Pero Keene, el maldito canalla, le había privado de aquella vital protección.

Se ahogaba ya de cólera, sus pulmones parecían a punto de reventar, cuando la puerta se abrió de pronto y Henry rodó fuera.

Frente a él, Keene reía a grandes carcajadas.

—No te verás tan blanco como hoy en toda tu vida, estúpido — se burló—. Toma tu uniforme y pónelo.

Henry le dirigió una mirada intensa, llena de rencor y de humillación. Le hubiera gustado borrar la sonrisa del rostro de Keene, pero se sentía tan débil que intentarlo solo hubiera sido una locura.

Se vistió con movimientos torpes, inseguros. Y siguió a Keene a través de otro pasillo, tosiendo y tosiendo sin cesar.

Un funcionario, el señor Ransey, le miró con extrañeza y preguntó:

—¿Qué has hecho con el «ingreso»? No tiene muy buen aspecto...

—Puede jurar que le he tratado como se merece, señor Ransey —respondió cínicamente Keene.

CAPÍTULO VI

La galería D era un larguísimo corredor de unos cien metros de longitud, de altísimo techo, en donde existía una claraboya que enviaba su luz grisácea y difusa sobre los cuatro pisos.

El jefe de la gatería D se llamaba señor Goodman, pero indudablemente su apellido no reflejaba fielmente sus virtudes [2], porque era un hombretón de casi dos metros, cabeza pequeña, amargado y malhumorado, que gozaba en lo más íntimo martirizando a los cuatrocientos presidiarios de la galería D.

Goodman fue quien escoltó a Marshall hasta el cuarto piso. Aunque había advertido que el preso estaba extenuado, despreció el montacargas y obligó a Henry a subir los cinco tramos de escaleras metálicas.

Desde luego, cuando llegaron arriba, Marshall respiraba con gran dificultad y sus facciones habían adquirido un tono ceniciento que impresionaba.

—¿Fatigado, Marshall? —se burló Goodman—. Yo no te quiero mal, muchacho, aunque haya oído por ahí que asesinaste a una mujer blanca. Me gustaría saber... ¿qué pensabas, qué sentías cuando estabas matándola?

Henry fue a gritar una protesta, pero se calló. No valía la pena perder el tiempo con tipos como Goodman.

Pero el oficial comenzó a exasperarse al advertir que el preso permanecía en una actitud distante y estoica.

—No quieres hablar, ¿eh, sucio negro? Aprenderás que hay que ser amable con un oficial de la prisión. Vamos, sigue avanzando —gruñó Goodman.

Obedeció. Miraba con curiosidad y temor las celdas ante las que cruzaban. Aunque la temperatura era muy baja y el ambiente húmedo y desagradable, las celdas eran simples verjas de barrotes, automáticas.

Sin embargo, las celdas ante las que cruzaban estaban limpias e incluso disponían de un lavabo y un retrete. Goodman le ordenó detenerse ante una de ellas; pero de la celda brotaba un hedor insoportable.

—Entra ahí —indicó brusco. Henry tragó saliva, indeciso.

—Pero... parece un basurero —murmuró—. Todo está lleno de inmundicias. No puedo...

—Claro —sonrió el funcionario—. Es la celda de Jim McMinn *el Loco*.

—¿El Loco? —preguntó Henry, aterrado.

—Yo nunca quise creer que lo estuviera y así lo certifiqué ante el director de la prisión. Pero era un cerdo que se revolcaba en su propia basura.

—Horrible... —murmuró el preso, con un nudo en la garganta.

—Debo confesar que me equivoqué con él —explicó Goodman, con una risita—. McMinn estaba loco de remate. Anoche se abrió las venas con una cuchilla de afeitar... Le encontré desangrado, en el recuento da medianoche... ¡Ese cerdo! El director ha abierto una investigación y seguramente me harán cargar con la responsabilidad. Quizá me expulsen o me suspendan de empleo por un año... ¡Todo por causa de un loco negro que decidió matarse...!

—Así que McMinn era negro... —murmuró Henry, espantado.

—Más negro que tú, aunque eso carezca de importancia, porque McMinn *el Loco* está muerto ya. ¡Vamos, entra ahí!

Henry se encogió sobre sí mismo, lleno de repugnancia.

—Es inhumano —murmuró—. La celda es repugnante, inhabitable...

—Claro que está sucia —gruñó Goodman lanzándole dentro de un empujón—. Sucia y negra como la piel de un negro. Pero alguien tiene que limpiarla. Y serás tú. Enviaré a otro negro con un cepillo y un cubo. Y óyeme bien, Marshall, quiero que la celda esté resplandeciente para la hora del rancho. Y si no es así, lo lamentarás: te enviaré a una celda de castigo.

Goodman se retiró y alzó el brazo. El vigilante de la cabina central le vio y accionó una palanca: la verja corrió sobre sus raíles y se cerró.

En cuanto Goodman hubo desaparecido, Henry se sintió enfermo de náuseas. Corrió al retrete y vomitó lo poco que había en su

estómago. Cuando terminó aquel acceso de vómitos, la cabeza le dolía y sus sienes latían dolorosamente.

Poco a poco fue recuperando la respiración. Una ojeada a la celda despertó en su estómago un brusco espasmo, pero consiguió vencerlo con dificultad.

Veinte minutos después volvía Goodman, acompasado de un negro corpulento que dejó en la celda una colchoneta y dos mantas y también un cubo, un gastado cepillo y algunos trapos.

—¿Eres tú Marshall? —silabeó el negro, simulando que colocaba la ropa sobre el lugar más limpio del puerco suelo.

Al ver que Henry asentía, murmuró en un rápido susurro:

—Me llamo Stevens. Aquí me respetan porque tengo buenos puños y buenos riñones. Cuenta conmigo, Marshall: oí decir que mataste a una mujer blanca.

—No es cierto —se apresuró a negar Henry.

—Vamos, vamos —sonrió Stevens, ladino—. Conmigo no tienes que disimular: estoy contigo. Odio a los blancos, sean hombres o mujeres. Y por tanto eres amigo mío, Marshall. Te ayudaré.

—Gracias —murmuró Henry.

—¿Qué diablos estás murmurando, Stevens? —rugió Goodman, desde la puerta—. ¡Sal ahora mismo! Lárgate a tu celda y espera allí.

—Sí, señor Goodman —asintió Stevens con expresión hipócrita.

Stevens desapareció y la reja se cerró con un chirrido. Goodman observaba a Marshall con detenimiento.

—No te fíes de Stevens, muchacho —aconsejó—. Tú no le conoces, pero ese negro es un confidente, ¿comprendes? El denunció los planes de fuga de Wullits Y Wullits murió acribillado al pie del muro. Stevens alardea mucho de valiente y de su fortaleza, pero sola es un criminal que ha pasado más de la mitad de su vida en prisión. Ahora está acusado de robo y homicidio. Probablemente no saldrá jamás de la cárcel.

—¿Por qué me cuenta todo eso? —preguntó Henry rabioso.

—Llámame «señor» cuando te dirijas a mí, negro Si te he hablado... es para prevenirte. Si has pensado en la fuga con la ayuda de Stevens, quítatelo de la cabeza. Nadie ha escapado de aquí... vivo. Recuerda a McMin *el Loco*.

Por fortuna, cuando rechinó el montacargas en la galería, Henry le había dado un aspecto muy distinto a la celda. Incluso había desaparecido el hedor.

Se sentía hambriento, pero todavía pasaron muchos minutos antes de que el carrito del rancho se detuviera al otro lado de la reja.

El preso que repartía la comida era un negro llamado Wilkes. Grueso y fornido, gigantesco, de anchísimos hombros y antebrazos velludos.

Con Wilkes venía su ayudante, Stevens, y el oficial Goodman. Fue Stevens el que escogió un panecillo, una cuchara y un plato y lo entregó todo a Marshall cuando se abrió la verja.

Goodman penetró en la celda y la inspeccionó. Con su mueca habitual, dijo:

—No está mal: has hecho un buen trabajo, Marshall. Trátale bien, Wilkes.

Goodman salió de la celda y Henry adelantó su plato junto al perol del rancho. Entonces advirtió que Wilkes le miraba con una expresión venenosa.

—Conque tú eres Marshall. Nunca he estado en una granja, pero ahora ya sé cómo tienen la cara los cerdos, ¡puaf! —rugió Wilkes. Y escupió en el plato.

Henry enrojeció. Pero antes de que pudiera contestar intervino Stevens:

—Deja al chico, Wilkes. Será mejor. Toma otro plato, Marshall.

—¡Vete al diablo! —rugió Wilkes, furioso—. Apuesto a que Marshall va a pasarlo muy mal aquí.

—¿Va a darme mi comida? —preguntó Henry, en tensión.

—Desde luego, muchacho —sonrió Wilkes cambiando de expresión. Hundió el cazo en el perol y lo aproximó al plato de Henry. Pero súbitamente arrojó la comida sobre el rostro de Marshall.

Henry gritó un alarido de dolor y retrocedió, cegado.

—Veamos —granó Goodman, acercándose—. ¿Qué diablos ocurre aquí?

—Nada importante, señor —respondió Wilkes, hiriente—. Marshall es un torpe y ha volcado su plato de rancho. Las raciones están escasas hoy: no puedo darle más comida.

—Es mentira —murmuró Henry, lívido—. Me arrojó el rancho a la cara.

—¿Es cierto, Stevens? —preguntó el oficial, con clara sorna.

—Stevens no sabe nada —se adelantó el corpulento Wilkes—. El estaba de espaldas y nada pudo ver. Es este estúpido Marshall... Lo dejó caer.

Goodman golpeó rítmicamente su mano izquierda con el «revienta-cráneos» [3] que llevaba en la derecha y decidió:

—Te está bien empleado, Marshall, por inepto. Te quedarás sin comer.

Estupefacto, Henry oyó el rumor de la reja cerrándose. Goodman, Wilkes y Stevens desaparecieron, corredor adelante.

Henry permaneció inmóvil un instante, ensimismado, hambriento y chasqueado. El rencor y la ira le dominaban.

Desesperado e impotente, contempló el rancho del día, vertido sobre el suelo: guiso de patatas, carne y hortalizas, además del panecillo.

Tristemente, Henry fue recogiendo lo que pudo del suelo y lo comió sin experimentar repugnancia. Después limpió escrupulosamente el piso y se sentó en el suelo y reflexionó.

No se sentía alegre. Ciertamente que la pena de muerte había sido abolida. Sin embargo, ¿cuál sería su condena en caso de ser hallado culpable de asesinato y violación de una mujer blanca?

Sólo confiaba en una persona: Thurgood Brice, el abogado. Porque en Rosalind Hammond no valía la pena pensar.

Rosalind había desaparecido en cuanto los Tunnello aparecieron por el Seventh Heaven. Ni unas líneas, ni una llamada telefónica para el pobre Henry, a pesar de que él había arriesgado su dinero y su prestigio para convertirla en una estrella del espectáculo.

La certidumbre de que no podía contar con Rosalind puso un rictus de amargura en las facciones de Marshall.

Y de repente recordó a Lagston. ¡Lagston Marshall, su hermano mayor! ¿Cómo no lo había recordado antes?

El rostro de Henry reveló inmediatamente la ira y el rencor.

—¡No! —gritó en voz alta—. No recurriré a él... ni en peligro de muerte.

En la plataforma se oyó el rumor de pasos arrastrados. Un momento después aparecía ante la celda el odioso oficial Goodman.

—Hablando solo, ¿eh? —rió, irónico—. ¿No te da qué pensar eso? Los presos empiezan por hablar en voz alta, en solitario. Y terminan como McMinn...

Cuando Goodman desapareció, Henry le maldijo con toda su alma. Luego, sentado en el frío suelo, dio cauce abierto a sus recuerdos.

¿Cuántos años hacía que no veía a Lagston? Cuatro, tal vez cinco. Sus caminos se habían separado, tan opuestos como sus caracteres.

En la actualidad, Lagston ocupaba un piso de ensueño en Sugar Hill[4] tenía asegurado su porvenir.

Lagston era cuatro años mayor que Henry y había demostrado desde la infancia un espíritu ahorrativo y emprendedor. Poco después de que su madre muriera, Lagston había obtenido una participación en una empresa de pompas fúnebres del Bronx[5]. Poco después, Horus Wallace, su viejo socio, había decidido dejarlo todo en manos de Lagston, con lo que la empresa progresó rápidamente.

Cuando Henry regresó de Vietnam, Lagston era ya rico y poderoso. Había establecido sucursales de su negocio por toda Nueva York y liquidado a su socio.

Henry regresó de Asia. Había sido herido seis veces en ocasiones de guerra y obtenido el grado de sargento. Condecorado con varias medallas, llegó a Harlem con una cierta aureola de héroe.

Fue por entonces cuando conoció a Luna Harrison, la estrella del club Antroz, el más famoso de Harlem.

Luna era un sueño. Alta, armoniosa, esbelta como una gacela y elegante como una *lady* de Devonshire.

Aquella noche, Henry estaba en Antroz, todavía vestido de uniforme, en compañía de Lionel Simpson, reportero del *Courier* y de la novia de éste, una bonita muchacha llamada Ruby.

Durante la actuación de Lima Harrison, Henry permaneció embelesado, oyendo su voz aterciopelada y contemplando su silueta de Venus de bronce.

—Es maravillosa... ¡divina! —repitió tantas veces, que Ruby se volvió hacia él, burlona y dijo:

—¿Enamorado, Henry? Está bien, si nuestro gallardo sargento de marines va a enfermar de afinar, prefiero presentarte a Lima.

—¿La conoces? —preguntó Henry, ansioso.

—Esperadme —rogó Ruby. Y abandonó la mesa.

Minutos después, Ruby regresaba a la mesa en compañía de la maravillosa Luna Harrison.

—Ya conoces a Lionel, Luna. En cuanto al hombre que te está devorando con los ojos, es Henry Marshall, sargento de marines, que acaba de regresar de Vietnam. Todo un héroe, para que lo sepas. Henry tiene buen gusto para la música y... para las mujeres.

Luna le miró con un brillo húmedo y extraño. Estrechó su mano y se sentó con ellos. Rápidamente se formó un aparte entre Luna y Henry, que hablaron animadamente durante el resto de la noche de temas tan diversos como la guerra, la música y el amor.

Para Henry, fue una noche inolvidable. Después de cenar, él se alzó de su asiento e invitó:

—Por favor, ¿quieres bailar, Luna?

—Con la condición de que no me pises, Henry —rió ella. Y se dejó arrastrar a la pista.

Era muy bella, enormemente atractiva. Al igual que Henry, sus cabellos no eran rizados, sino lisos, sedosos y brillantes, como un halo de ébano que enmarcase su rosero puro, de rasgos exóticos.

A partir de aquel día, Henry frecuentó cada noche el Antroz. Estaba perdidamente enamorado de Luna Harrison.

No tardó en comprobar que ella vivía rodeada de lujos. Poseía un bello apartamento alquilado, un caro coche europeo deportivo, una colección de elegante de vestidos, pieles, joyas...

En cualquier caso, a Luna no le importaba dejarse llevar por Henry en excursión a los alrededores de Nueva Jersey. El viaje lo realizaban en el viejo «Ford» de Henry. Nadaban, pescaban y gozaban como chiquillos en aquellos atardeceres inolvidables.

Al anoecer, Henry la acompañaba al Antroz y permanecía en una mesa, extasiado, mientras ella cantaba sus rítmicos «*blues*».

Apenas hacía dos meses que se conocieran, cuando Henry advirtió cierto indefinible cambio en Luna Harrison. Y tuvo la certeza de que algo raro estaba ocurriendo cuando ella canceló su contrato con Ritchfield, del Antroz.

—Es incomprensible —confió Ritchfield a Henry—. Luna cobraba un sueldo increíble y todo el mundo la respetaba. Quizá haya decidido casarse...

Henry se sintió herido por los celos inmediatamente. Porque aquella tarde había telefonado a Luna y no había obtenido contestación.

Durante algunos días, Henry no pudo ver a la mujer que amaba, angustiado y temeroso de que a Luna Harrison le hubiera ocurrido algo desagradable.

Finalmente decidió montar guardia a la puerta de su apartamento. Eran las dos de la madrugada, cuando un blanco «Cadillac» se detuvo ante la casa.

Se oyó la voz cantarina de Luna y luego unas risas divertidas. Un momento después, ella descendía del automóvil.

Henry cruzó la acera, decidido a abordarla. Y entonces reconoció al hombre que seguía a Lima en dirección al vestíbulo de su casa: ¡era Lagston, su hermano!

En aquel instante, ella le vio.

—¡Henry!

No escuchó el grito de Luna. Por el contrario, avanzó hacia Lagston, que le contemplaba sin cordialidad.

—Buenas noches, Lagston —saludó Henry, con frialdad—. Me pregunto qué es lo que haces aquí.

—Esa misma pregunta estaba haciéndome yo —respondió Lagston, cortés—. Se diría que Luna y tú os conocéis...

—Aciertas. Luna y yo... Bueno, la verdad es que la amo. Lagston.

—Si es así, te aconsejo que pongas toda tu voluntad en olvidarla, Henry. Luna va a casarse conmigo la próxima semana.

Henry atenazó a su hermano por los hombros. Estaba lívido.

—No puedo creerlo. Debes estar loco, hermano. Luna no puede quererte. Lo he visto en sus ojos —habló Henry con voz fogosa—. Ella me ama a mí.

Lagston se libró de sus manos de un tirón enérgico.

—¡Dé-ja-me! —silabeó, como si se desprendiese de algo sucio y desagradable. Y añadió, más calmado—: Vamos, vamos, Henry. Es estúpido que discutamos: esta mujer es mi prometida. ¡Díselo tú, Luna!

Ella se estremeció. Bajó los ojos y confesó con voz vacilante:

—Es... Es cierto. Voy a casarme con Lagston.

CAPÍTULO VII

Henry vagó durante unos días, desquiciado, de uno a otro bar. Bebía y bebía sin descanso, de la noche a la mañana y cada noche se acostaba ebrio.

Se preguntaba, frenético, cómo era posible que Lagston hubiera conquistado a Luna en sólo unos días.

¿Su dinero quizá? Amargamente Henry se dijo que aquélla era la respuesta.

Al cabo de una semana, Henry se puso un traje limpio y bien planchado y condujo su viejo «Ford» en dirección a Sugar Hill. Penetró en el fastuoso edificio de cristal en el que vivía su hermano y tomó el ascensor.

Un mayordomo le abrió la puerta. ¡Lagston se permitía el lujo de tener mi mayordomo...! Sin embargo, no se dejó deslumbrar por la riqueza que vela en aquella casa.

Lagston tenía a algunos amigos en casa y Henry tuvo que esperar. Lagston contaba con muchas relaciones entre las gentes de color: artistas como el actor Jonás Granjer o personalidades políticas como el senador Sandorf.

Al fin, el mayordomo le guió hasta un inmenso salón decorado con exquisito gusto. Lagston esperaba junto a un amplísimo ventanal desde el que se dominaba una gran extensión del barrio de Harlem.

No se abrazaron, ni siquiera se saludaron con un apretón de manos.

—Ignoraba que hubieras vuelto de Vietnam —dijo Lagston, sin invitarle a tomar asiento. No parecía nervioso ni alterado, sino frío y distante.

—Creo que ignoras muchas cosas, querido hermano —respondió Henry, mordaz.

—¿Molesto por la espera? Lo siento. Mis amigos son excelentes

personas, gente respetable e importante. No podía despedirlos para...

—... para recibir a tu hermano. Te hubieras avergonzado presentándome a ellos, ¿no es cierto? —dijo Henry, con voz vibrante.

Se sentía indignado contra Lagston. Porque su hermano hacía ostentación de su prestigio y su riqueza, porque siempre parecía estar recalcándole la circunstancia de que él, Lagston, era rico y respetado.

—Está bien, Henry. Supongo que te ha traído aquí algún motivo importante —insinuó Lagston.

—Aciertas. Mi motivo se llama Luna Harrison.

—Ese asunto no es de tu incumbencia. Luna es mía. Vamos a casarnos.

Henry se aproximó a su hermano. Le temblaban las manos de cólera.

—Escúchame, Lagston. Yo amo a Luna. Ella también me ama, estoy seguro. Es cierto que tú la has deslumbrado, que has utilizado el lujo y los dólares como armas... ¡Déjala en paz, Lagston! Ella volverá a mí.

Lagston denegó con lento movimiento de cabeza.

—Si tú la amas, también la amo yo. Y soy el hombre que le conviene: un hombre prestigioso, de sólida reputación y recta moral. Además, está mi fortuna. Puedo hacer feliz a Luna, rodearla de los lujos a que está acostumbrada en virtud de los ingresos que su carrera artística ha venido produciéndole. ¿Podrías sostener tú el tren de vida que lleva Luna?

—Eso nada tiene que ver —respondió Henry furioso y despedido—. Luna me quiere como soy. ¡La convenceré de que el dinero es algo secundario!

Lagston se puso en pie y se volvió hacia el ventanal.

—Te equivocas, Henry. Luna no renunciará a la vida que hasta ahora ha llevado. Pero quiero hablarte de algo distinto: hasta ahora no me he ocupado mucho de ti, lo confieso. Nuestra madre me encomendó, poco antes de morir, que cuidara de ti. Reconozco que nunca congenié contigo, Henry: tú eres brillante, simpático, inconstante, generoso, parlanchín y enamorado. Todo lo contrario que yo. Básicamente somos diferentes...

—¿Adónde vas a parar? —le interrumpió su hermano.

—He decidido ayudarte, Henry. Tengo mucho dinero, más del que podría gastar durante el resto de mi vida. Voy a hacerte un donativo de den mil dólares.

—Tengo... tengo que reconocer que me sorprendes, Lagston. ¡Jamás hubiera esperado tanto de ti! —exclamó Henry, estupefacto.

—Con ese dinero puedes montar un buen negocio. Y si no quieres trabajar, bastará que lo inviertas en cualquiera de mis empresas y podrás vivir espléndidamente. Sólo pongo una condición.

—¿Cuál? —preguntó Henry, intrigado.

—Tendrás que olvidarte para siempre de Luna Harrison —respondió Lagston.

—Asqueroso egoísta... —estalló Henry, iracundo—. Debí figurarme que tu generosidad no era gratuita. Quieres comprarme con tu dinero, confíesalo.

Por primera vez, Lagston Marshall sonrió levemente.

—Soy buen comerciante. Y estimo que todas las cosas tienen un precio. Tu amor hacia Luna es incalculable, ¿no es cierto? Pues bien: cien mil dólares no son cuatro centavos. Te extenderé un cheque y abandonarás Harlem. Hay buenas oportunidades para un hombre como tú en Brooklyn... Incluso lejos de Nueva York —repuso.

Súbitamente, Henry se abalanzó sobre su hermano y le derribó de un puñetazo en la mandíbula.

—Quédate con tu dinero, Lagston —gritó, exasperado—. Y recuérdalo: jamás renunciaré a la mujer que amo.

Cuando Henry empujó con el hombro, la puerta se abrió y Luna retrocedió a punto de perder el equilibrio.

Henry la miró con los ojos brillantes. Luna sólo vestía un salto de cama de gasa roja y transparente que apenas velaba su cuerpo adorablemente bello.

—¡Henry! —exclamó ella, alarmada—. Te portas como un salvaje...

Se sentía dolida. El fruncimiento de sus labios, la furia que brillaba en sus ojos incitaron más y más al hombre.

—Lo siento —confesó él—. Pero has estado huyendo de mí durante toda la semana. Necesito hablar contigo, Luna. Por favor.

La expresión de Luna se dulcificó un tanto.

—¿Qué podemos hablar, Henry? Lagston me habló de tu visita. Dijo que le golpeaste, que todo ha terminado entre vosotros...

—Te lo contó. Claro está: busca tu compasión. Pero yo no necesito compasión. Te necesito a ti. Ardientemente.

Antes de que ella hubiera podido esquivarle, Henry la estrechó en sus brazos y la besó apasionadamente.

Luna intentó rechazarlo, luchar... Pero los brazos de Henry eran duros y fuertes. Finalmente, ella se rindió a las caricias y a los besos. Luego, sus brazos dejaron de apretarla.

—Confiesa que me amas, Luna. Di que vamos a seguir juntos, que nos uniremos los dos. ¡Di que no te importa el dinero y el lujo que Lagston pueda ofrecerte! —exigió él, enfebrecido.

La besaba y una y mil veces.

—¡Henry, Henry! No es posible. No te amo. Es Lagston el que me conviene —protestó Luna débilmente, tratando de sustraerse a la atracción intensa que Henry ejercía sobre ella.

—Sólo me quieres a mí, a mí, ¡a mí! —gritó él—. Tus labios pueden mentir, pero no tus ojos ni el ritmo loco de tu corazón, Lima.

Los brazos femeninos se relajaron.

No quería hablar, no quería negar. Sólo dejarse besar por Henry Marshall.

—Miss Harrison se marchó, señor Marshall. El apartamento está libre —dijo la mujer.

—Pero... ¡no puede ser! —exclamó Henry, palideciendo.

—Si quiere comprobarlo... El apartamento está vacío.

Lo estaba. Nada quedaba en los armarios, nada quedaba de Luna Harrison, excepto su perfume, que flotaba todavía en el aire.

—¿No sabe adonde fue? —insistió.

—No. Pero el caballero que vino a buscarla conducía un enorme «Cadillac».

¡Lagston! Luego era verdad... Había llegado tarde.

Media hora después, el universo entero se desplomaba sobre su cabeza.

Se lo dijo Hawkins, el mayordomo de Lagston Marshall.

—Se casaron esta misma mañana y a estas horas su avión vuela

sobre el Pacífico. No, no se canse, por favor. No le diré nada, aunque llegase a torturarme. Y ahora, márchese o tendré que llamar a la policía.

Henry volvió sobre sus pasos completamente aturdido. Los días siguientes fueron terribles, negros y desesperados... hasta que comprendió que seguir lamentándose y sufriendo sería propio de un imbécil.

Fue entonces cuando se desató en Henry la avidez por el dinero y el poder. Un día supo que Loretta Brings vendía su local de atracciones. El emplazamiento era magnífico y el viejo local muy amplio. Pagó la mitad a la famosa mulata y empezó a organizar su negocio.

Un mes después, el club Seventh Heaven abrió sus puertas al público. Y desde el primer día Henry comprendió que sería fácil hacerse rico. Luego...

CAPÍTULO VIII

El chirrido de la reja automática deslizándose sobre sus raíles, despertó bruscamente a Henry.

—¡En pie, Marshall!

Henry se alzó de un respingo al ver al gigantesco Goodman en la puerta.

Junto al oficial estaban Stevens y otro hombre, un blanco de rostro estrecho y facciones muy pálidas.

La comida humeaba en los grandes peroles y su aroma despertó inmediatamente el apetito de Marshall, que tomó su plato y fue a la puerta.

—Un solo cazo de comida para Marshall —gruñó Goodman, malévolo—. Así aprenderá a ponerse en pie cuando aparece un oficial.

Esperó hasta comprobar que Stevens cumplía su orden: un solo cazo. Pero en cuando Goodman se volvió de espaldas, Stevens llenó su plato de comida hasta los bordes y advirtió en un susurro:

—Lárgate al fondo de la celda y come aprisa. Si Goodman me descubriera...

Comió aprisa, con gran voracidad. El rancho era vulgar e insípido, pero el plato quedó vacío.

Aquella noche, su estómago se sentía agradecido y satisfecho. Cuando media hora después pasó Stevens para prevenir a los presos de la inminencia del recuento [6], Henry vio, asombrado, que varios cigarrillos rodaban por el sucio.

—Date prisa —exclamó Stevens, sin mover las labios—. Toma unos fósforos. No fumes hasta después de las diez. Goodman tiene buen olfato. Si advirtiese que te he dado los cigarrillos, me metería en una celda y me rompería los huesos con su porra.

No encontrando palabras con que demostrarle su agradecimiento, Henry oprimió la mano de Stevens, apoyada sobre

los barrotes.

—¿Y Wilkes? —preguntó—. No repartió el rancho de la noche.

—En la enfermería —rió ferozmente Stevens—. Según el doctor, sufre espantosos dolores abdominales.

De repente y contemplando su expresión burlona, Henry comprendió que la indisposición de Wilkes era obra de Stevens. Y se lo dijo.

—Tengo que irme ahora, porque Goodman se acerca. Pero tienes razón. La cárcel está llena de ratas, ¿entiendes? Nadie puede exterminarlas, aunque hay latas conteniendo raticida por todos los rincones. Pues bien: tomé un puñado de polvos raticidas y los eché a la comida de Wilkes, aprovechando un descuido de éste. El resto...

Aquella noche, Henry descansó tranquilamente por vez primera desde que fuera detenido.

A la mañana siguiente, fue otro oficial el que pasó recuento: un individuo delgado y cetrino, con lentes, llamado Clinton. No parecía rebosar simpatía, pero a Marshall le dejó en paz.

Aquella misma mañana, Stevens vino a decirle que a Goodman le habían formado expediente por su responsabilidad en la muerte de McMinn *el Loco*.

—El director le ha enviado a casa. Ojalá no vuelva nunca: es un cerdo —comentó Stevens.

A las cinco de la tarde se abrió la reja y Clinton apareció.

—Salga, Marshall. Va a entrevistarse con su abogado —dijo.

Bajaron a la planta primera y Henry fue entregado a otro oficial y conducido al locutorio de jueces y abogados.

Míster Brice se incorporó al verle. A Henry no le pasó inadvertida la mirada de compasión del abogado.

Después de interesarse por su salud y por el trato que recibía en prisión. Brice dijo:

—He traído un cartón de cigarrillos para usted, Henry. También he depositado en su cuenta de la prisión cincuenta dólares, sospechando que no debe disponer de mucho dinero. No, no me lo agradezca, por favor: le traigo malas noticias.

—¿De qué se trata? —preguntó Henry, alarmado.

—Los Brown han presentado declaración ante el juez. Según ellos, usted había molestado repetidas veces a su hermana, de forma

que el mayor de ellos, Owen tuvo que reconvenirle...

—¡Absolutamente falso! —exclamó el preso—. No conocía a ninguno de los Brown basta que ayer me agrediesen a las puertas de la estación policial.

—Déjeme continuar. En su declaración, Owen Brown afirma que usted le amenazó a su vez con disparar contra el primer Brown que se opusiese a sus deseos de cortejar a Terry. La declaración de los Brown viene a empeorar las cosas y constituye una nueva prueba para la acusación.

Henry ocultó la cabeza entre las manos, dominado por la desesperación.

—¡Pero esos hombres mienten, señor Brice! —exclamó—. Mienten... siguiendo las órdenes de alguien. Lo hacen por dinero. ¡Bendito sea Dios, daría mi mano derecha por saber quién está detrás del asunto! Usted, señor Brice, ¿no podría hacer algo por averiguarlo?

—Lo he hecho ya —asintió el abogado—. Y puede pensar que si me hice cargo de su defensa fue porque creo en su inocencia, porque hay detalles inexplicables en su caso. Anoche me puse en contacto con Ornar Crayton. No parecía muy decidido a colaborar con nosotros. Noté algo en su expresión... quizá miedo, pero accedió a vigilar a los Brown. Las veladas palabras del detective me impulsan a pensar que los Brown tienen alguna relación con George Tunnello.

Henry saltó de su asiento, muy excitado.

—¡Tunnello! —gritó—. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¡Tiene razón, fue Tunnello quien mató y violó a la chica! ¿Sabe quién es Tunnello? Un *gángster* poderoso, un desquiciado, un perverso sexual... ¿Se da cuenta? Es justamente el individuo que violaría y mataría a una mujer.

—Serénese, Henry. Puede estar en lo cierto. Pero hemos de atenemos a la realidad de los hechos. Y los hechos le acusan a usted, mientras no existe la menor prueba contra Tunnello.

—Entonces... ¿cuál es la solución? —inquirió Henry, apagado.

—Obtener pruebas contra Tunnello. Por desgracia, tal posibilidad me parece tan remota como la constelación Orion.

Henry reflexionó desesperadamente.

Decidió que sólo había una forma de obtener pruebas contra

Tunnello: utilizar los mismos procedimientos del *gángster*: es decir, la astucia, la coacción, la violencia.

Por desgracia, Henry carecía de libertad, pues sólo era un preso. Por lo que sólo quedaba un recurso desesperado: la fuga.

Bajó el tono de voz, se aproximó a Brice. Y murmuró:

—Señor, si yo estuviese libre conseguiría esas pruebas. He pensado...

—No —denegó Brice—. He intentado obtener su libertad bajo fianza, pero ha sido denegada: los cargos son graves. E incluso si la hubiera obtenido, ahora me quedaría un remordimiento.

—No comprendo...

—Si como sospechamos, Tunnello es culpable, no dudaría en asesinarlo para hacerlo callar —afirmó el abogado con acento grave.

Howard bajó del coche, cruzó aprisa la avenida que limita Central Park y se aproximó al «Continental» negro estacionado en la acera contraria.

No abordó en seguida el coche, sino que aguardó unos instantes en la acera, avizorando los alrededores con expresión cautelosa.

En el interior del «Continental», George Tunnello comenzó a impacientarse.

—Ese estúpido... ¿qué espera para acercarse? —gruñó.

Dentro del coche se encontraban dos de sus «gorilas». Uno era el robusto Shepherd Matthewson y el otro un joven llamado Jackson Deer. Deer llevaba poco tiempo a las órdenes de Tunnello y deseaba hacer méritos ante el hombre que le pagaba. Por eso preguntó:

—¿Quiere que se lo traiga, señor Tunnello?

Ya iba a responder éste, cuando el teniente Howard inclinó el ala de su sombrero sobre el rostro y se aproximó al coche y abrió la portezuela.

—Espero que tengas una explicación para hacerme venir aquí —dijo Tunnello.

—Siento molestarle, pero no siendo muy buena mi reputación en la estación de policía, decidí que era más sensato hacerle venir aquí. Si me ven acudir con frecuencia a su domicilio de Queens, señor Tunnello, sospecharían de mí.

—Está bien. Di lo que sea. Supongo que se trata de algo

importante...

—Es lo que pienso. He descubierto que Henry Marshall tiene un hermano. Se llama Lagston y es uno de los negros más ricos de Harlem —declaró Howard.

—Me interesa todo lo relacionado con el dinero, ¿pero qué diablos importa ese Lagston Marshall? —preguntó Tunnello, malhumorado.

—Le vi esta mañana en el despacho del fiscal. Lagston sabe que sobre su hermano pesan graves cargos y ha acudido para poner en juego su influencia y su dinero con tal de salvarlo. Lagston Marshall posee millones, señor.

Los ojos de Tunnello brillaron en la oscuridad.

—Comprendo. ¿Crees que ese tipo puede ser peligroso, Howard? —preguntó.

—Sólo en la medida del dinero que posee, señor. Y es mucho. Por otra parte ha contratado a detectives de la Londsdales & Bradford... la agencia más prestigiosa de Nueva York. He averiguado que Marshall ha ingresado veinte mil dólares en la cuenta bancaria de la agencia, ¿va entendiendo? Conozco a los hombres de Londsdales; son técnicos, expertos investigadores, la mayoría de ellos ingenieros y licenciados en leyes. No tardarán en comprobar que el punto flaco está en los hermanos Brown. Les interrogarán, les ofrecerán dinero y protección. Pero eso sólo será el principio: los detectives de la Londsdales son tozudos y jamás se dan por vencidos. Investigarán el caso paso a paso, hablarán con miles de personas, entregarán algunas cantidades aquí y allá... Con pequeños indicios, con veladas declaraciones, son capaces de componer un conjunto de datos que puede ser muy peligroso para nosotros.

Un músculo se movió en el demacrado rostro de George Tunnello.

—Así que el peligro está en Lagston Marshall... De acuerdo, yo me ocuparé de él —declaró con los labios apretados en un rictus de infinita crueldad.

—¿Quiere decir... matarlo? —preguntó Howard, aterrado.

—Matarlo, matarlo... Hay palabras menos desagradables. Por ejemplo: *accidente*, ¿eh, eh? ¡He ahí una bella palabra: *accidente*, ja, ja, ja!

El policía de color tragó saliva.

—Creo que tengo una solución mejor —dijo con voz estrangulada.

George le miró, contrariado. Prefería ser él quien aportara soluciones.

—¿Otra solución? ¿De qué se trata?

—Veamos, si Henry muriera en la prisión... víctima de un *accidente*, Lagston abandonaría el caso con, toda probabilidad. Muerto su hermano, sería estúpido seguir gastando dinero...

—No está mal, no está mal —asintió George—. Creo recordar que tenemos a un viejo conocido en la prisión. Y hará lo que yo diga. Naturalmente, a cambio de un par de miles de dólares. Está decidido: lo haremos así.

—En tal caso, me marchó. Estoy de servicio —contestó el teniente Howard.

—Buen trabajo, Howard. Lo verás compensado en la próxima nómina. Permanece alerta. Infórmate de todo lo que me interese.

—Siempre lo hago, señor —respondió el policía.

Y abandonó el coche.

Cuando se hubo alejado, Tunnello ordenó a su chófer que se pusiera en marcha. Y advirtiendo el ademán nervioso de Jackson Deer, sonrió:

—Adivino que estás ansioso por entrar en acción, Jackson. Tranquilízate. Si Wilkes fallara en la prisión... tú te encargarías de preparar el *accidente* de Lagston Marshall.

Jackson Deer se esponjó de satisfacción.

CAPÍTULO IX

Cuando abandonó el locutorio general, Douglas Wilkes reía y murmuraba para sí algunas palabras que obligaron a asombrarse al vigilante.

—¡Diez mil dólares! —murmuraba el corpulento Wilkes—. Oh, eso está hecho. ¡Bien pueden contar con Wilkes, el afortunado, porque yo jamás hice ascos al dinero...!

Wilkes era un delincuente desde temprana edad. Imaginaba la clase de vida que podría darse en la penitenciaría con aquel dinero. Sería posible sobornar al oficial Clarke, obtener botellas de *whisky* o ginebra e, incluso, conseguir una celda especial, más cómoda...

Wilkes miró a todas partes con desconfianza, alcanzó el pasillo de la galería D y murmuró en tono reconcentrado:

—Tal vez... incluso podría planear una fuga con garantías. ¡Porque con dinero es posible conseguir tantas cosas...!

La misión que le acababan de encomendar sería fácil. Porque Wilkes odiaba a los negros. Un odio atávico, que no podría explicarse con palabras. Incluso odiaba a Stevens, el negro que le había sido impuesto como ayudante por los oficiales de la galería D.

—Stevens... —murmuró rabioso, mientras un oficial le abría el rastrillo metálico de la galería—. Stevens sonreía cuando me llevaron a la enfermería... Quizá... ¡sí!, ese negro es muy capaz de haberme gastado una mala pasada. Lo recuerdo... ¡mis tripas parecían arder! Seguro que me envenenó...

Todavía se sentía enfermo Wilkes. Pero él era el jefe de ordenanzas y había pedido el alta al médico. Ser jefe de ordenanzas significaba tener una increíble autoridad sobre quince o veinte presos, acompañar al jefe de galería en los recuentos, obtener la mejor comida e incluso cartones de cigarrillos extras o tarjetas [7] para comprar en el economato cuanto le apeteciese... a cambio — las tarjetas— de determinados favores a los presos recién

ingresados.

El ceño de Wilkes se frunció: si Stevens le había intoxicado... un día u otro, Wilkes le arrojaría desde la plataforma del quinto piso al vacío. Pero había una solución mejor aún...

¿Qué mejor sitio para enfrentarse a Stevens que la peluquería? El salón de peluquería de la galería D, era una sala amplia y alargada en forma de «L», parcialmente oculta a la mirada del vigilante del «nido»[8].

Wilkes se acercaba a la sala de oficiales de la planta baja, cuando la idea surgió en su mente. ¿Por qué no arreglar los dos problemas de una vez? Podía vengarse de Stevens y... ajustar las cuentas a Henry Marshall, todo en la peluquería. Diez mil dólares le obligaban mucho. Y si mataba a Marshall, dispondría libremente de dinero suficiente para vivir bien en la cárcel.

Wilkes, satisfecho, se detuvo. Estaba perfeccionando su plan. Debía llevarlo a cabo con suma astucia, para eludir cualquier responsabilidad.

En la cárcel existe una especie de mafia: los más poderosos, los recomendados o, simplemente, los más fuertes, se favorecen entre sí. Porque en la prisión no sólo mandan los oficiales o funcionarios. En el fondo, son siempre los presos quiénes organizan la vida en cautiverio.

En verdad, un hombre necesita una fuerte vocación y un gran corazón para ingresar en los servicios de prisiones. Caso contrario, el servicio se vuelve penoso, desagradable, pesado, abyecto...

Wilkes poseía, dentro de su condición de recluso, gran autoridad en la galería D. Podía incluso proponer castigos para un determinado preso al oficial jefe de la galería. Y lo había hecho tantas veces...

Y además, Wilkes, tenía sus «socios». En la peluquería estaban Ernie Chinook y Larry Stockman, dos condenados a cadena perpetua, de entera confianza. Podía contar con ellos: sus ojos verían, sus oídos oírían, pero sus labios jamás hablarían.

Había otros tres presidiarios en la barbería: Refield, Plaidon y Seymour. Pero unos cartones de cigarrillos, unas raciones de comida extra o una botella de ginebra pasada «bajo cuerda» serían suficientes para conseguir su silencio.

Henry Marshall estaba haciendo ejercicios gimnásticos cuando el oficial de guardia, un joven llamado Striches, llegó a su celda.

—¿Marshall? Salga. Está en la lista de los que deben bajar a afeitarse.

Inconscientemente, Henry se pasó una mano por las mejillas y comprobó que su barba de unos quince días pinchaba como un erizo.

—Sí, señor Striches —respondió. Y abandonó la celda en pos del oficial.

Avanzando por el elevado pasillo, Henry notó que las fuerzas habían vuelto a él. Casi dos semanas durante las cuales Stevens le había alimentado abundantemente habían hecho el milagro, además de los ejercicios físicos con los que Henry trataba de distraer las largas horas de soledad en la celda.

Abajo, ante la puerta encristalada, tropezó con Douglas Wilkes. Era la primera vez que Henry le veía desde que fuera ingresado en la enfermería. Sin embargo, recordando las malas faenas de Wilkes, se sintió satisfecho al advertir el rostro pálido y desmejorado del jefe de ordenanzas.

—Puede dejar a Marshall a mi cargo, señor Striches —se ofreció Wilkes, zalamero—. Le avisaré cuando esté afeitado, señor.

El oficial asintió con un gruñido y se marchó hacia el cuerpo de guardia.

Viendo que Marshall permanecía ante la puerta, indeciso, Wilkes se burló:

—¿Qué ocurre, negro? ¿Tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Por qué? —preguntó Henry, con tranquilidad.

Entró. Pero su serenidad no era más que exterior. En los ojos de Wilkes había advertido una sombra de mal presagio.

Había diez sillones giratorios en la parte anterior de la peluquería. Y todos estaban vacíos. Al fondo, a la izquierda, el local se prolongaba unos quince metros, con otros diez o doce sillones.

En la peluquería había seis hombres. Cinco de ellos llevaban cortas batas blancas de peluquero sobre el uniforme penitenciario. El sexto hombre era Stevens que estaba sentado en uno de los últimos sillones. Uno de los barberos estaba afeitándole.

Stevens alzó mía mano en gesto amistoso, al escuchar los pasos de Henry, mientras le contemplaba en el espejo.

—Siéntate ahí —ordenó Wilkes a Henry, empujándole hacia el último sillón.

—¿Por qué ahí? —respondió Marshall—. Puedo escoger el sillón que quiera.

—Deja al chico, Wilkes —dijo Stevens con tono reconcentrado.

—Está bien. Haz lo que quieras. —Wilkes parecía colérico, pero retrocedió unos pasos y apoyó su espalda sobre el muro detrás del sillón elegido por Henry.

Uno de los barberos puso un paño alrededor del cuello de Henry. Un paño tan grande y apretado que apenas le permitía mover los brazos.

—Perdone, amigo, pero me está bañando de jabón hasta la coronilla —protestó Henry.

Entretanto, Wilkes se había aproximado a Ernie Chinoock y extendía la mano para recibir una navaja barbera.

Despacio, mientras simulaba bromear con los barberos, Wilkes se aproximó al sillón que ocupaba Marshall.

Estaba a menos de un metro, cuando abrió la afiladísima hoja y se abalanzó sobre Henry Marshall.

No podía suponer entonces que Stevens no le había perdido de vista ni un solo segundo a través del espejo. De repente, Stevens lanzó un alarido, se volvió violentamente e interpuso una pierna entre las piernas del agresor.

Henry se incorporó de un respingo al oír el grito de aviso de Stevens. Wilkes se precipitó contra su sillón y cayó rodando al suelo.

La navaja estaba en manos de Wilkes, reluciente y mortífera. Henry quiso pisotear su mano armada, pero en ese momento uno de los barberos, Stockman, dio una brusca vuelta al sillón. Marshall salió despedido del asiento y rodó sobre el pavimento a pocos pasos de Wilkes.

El jefe de ordenanzas fue el primero en reaccionar. Babeaba de cólera cuando se incorporó de un salto y se enfrentó a Stevens, que permanecía, expectante en su sillón, ligeramente dobladas las piernas por las rodillas.

—Ahora comprendo que eres un perro traidor, Stevens —barbotó Wilkes, con voz ronca—. Tú me envenenaste... Además, estás de parte de Marshall, ¿verdad?

Stevens tensó sus poderosos músculos bajo el paño de barbería y sonrió.

—Así es, Wilkes. Excepto una cesa: tú eres más perro y más inmundito que yo. Marshall es mi amigo —confesó.

—Entonces... ¡tendré que rajaros a los dos! —gritó ferozmente Wilkes. Y advirtió—: ¡Sujétale, Refield!

Henry se había incorporado. En aquel momento, Wilkes saltó sobre él pesadamente. En el mismo momento, Stevens rechazó de un codazo a Refield y lanzó hacia Marshall una de las dos navajas de afeitar que había robado del anaquel.

—¡Agárrala, Henry! —gritó.

Marshall gritó de dolor al sentir el acero de la navaja de Wilkes arañándole, aunque superficialmente, el brazo. La navaja que Stevens le lanzaba chocó contra su pecho y Marshall la agarró cuando retrocedía de un salto.

Abrió la navaja, indeciso, aterrado. Wilkes, que le contemplaba a dos pasos, juzgó que era él, momento de aprovechar su indecisión. Y volvió a la Carga.

Henry alzó la mano armada. Sólo pretendía, en verdad, detener el tajo que Wilkes le enviaba al rostro... pero la navaja rebanó escalofriantemente el cuello de Wilkes. Un chorro de sangre brotó de la herida.

Retrocedió, aterrado, con la hoja de acero manchada en sangre. También Chinoock y los otros Barberos contemplaban despavoridos los terribles espasmos en que se agitaba Wilkes, caído en el suelo. Un gran charco de sangre se formó alrededor de su cuerpo.

—¡Rápido! —gritó Stevens—. Siéntate en un sillón. Tú, Chinoock, alma de escorpión, sitúate junto a él. Y vosotros —gruñó, sin abandonar su navaja—. Sé que estabais en combinación con Wilkes para asesinar a Marshall y puedo probarlo: bastaría con registraros. Hay tarjetas en vuestros bolsillos en cantidad que no podéis justificar honradamente. Voy a llamar al oficial Striches. Diré que Wilkes me provocó, me insultó y me acusó de haberlo envenenado. Que tuve que defenderme cuando se arrojó sobre mí de improviso tratando de matarme. Que conseguí tomar una navaja y me defendí. Si decís otra cosa... Yo os juro que os mataré uno a uno. Recordadlo.

Volvió junto a Henry y murmuró:

—Tú eres un testigo más. Sólo tienes que repetir lo que he dicho.

—Pero... ¡Stevens!, no puedo permitirlo... Fui yo quien mató accidentalmente a Wilkes. Debo cargar con la culpa.

Stevens le miró con los ojos brillantes como brasas.

—¿Culpa de quién? —rezongó—. Nadie es culpable sino Wilkes y estos cerdos. Pero Wilkes murió porque yo tuve que defenderme. ¡Grábatelo bien en el cerebro! Voy a avisar a Striches.

Salió. Poco después en la galería resonaban los silbatos de alarma. Instantes después una docena de vigilantes armados penetraban en la peluquería.

Wilkes fue rápidamente llevado a la enfermería. Poco después la noticia de su muerte volaría rauda a través de las galerías de la prisión.

—¿Qué sucedió, qué sucedió? —gritaba Striches, perdidos los nervios ante la visión del imponente charco de sangre que cubría el pavimento.

—Ya se lo dije —respondió serenamente Stevens—. Wilkes...

—¡Cállese! —rugió Striches—. Quiero que responda Chinook. ¡Hable!

Chinook vaciló un segundo. Y en seguida, ante la ardiente mirada de los ojos de Stevens, repitió la versión amañada de lo que había sucedido.

—Así ocurrieron las cosas —remachó Stevens, cuando Chinook terminó de hablar—. Señor Striches, ¿no le pareció sospechoso que Wilkes quisiera quedarse al cargo de Henry Marshall? ¡Pretendía asesinarle!

Striches se mordió los labios. Sabía que aquel detalle supondría una grave responsabilidad para él.

—Está bien —decidió el oficial con voz temblorosa—. Tendrán que permanecer en sus celdas. Posiblemente el director les someterá a interrogatorio, en presencia del fiscal del distrito. ¡Salgan!

Henry abandonó la peluquería junto a Stevens y desfilaron a lo largo de la galería, escoltados por los vigilantes armados.

Aunque se sentía muy deprimido y excitado, Henry no pensaba ya en la muerte de Wilkes, sino en algo muy diferente.

—Me pregunto por qué Wilkes quería matarme —dijo en un susurro.

Stevens le dirigió una mirada de reojo. Le brillaban mucho los ojos aún.

—Curioso. Yo estaba haciéndome la misma pregunta. Pero déjalo de mi cuenta. Quizá yo logre averiguarlo.

—Eres un loco, Stevens —siseó Henry—. Fue una locura cargar con la muerte de Wilkes, de la que sólo yo soy responsable. ¿Por qué lo hiciste...?

Stevens no contestó hasta que alcanzaron la plataforma del quinto piso.

—Te lo diré, escrupuloso Marshall. Si hay alguna responsabilidad por la muerte de ese cerdo, a mí me dan lo mismo unos años más o menos de condena... porque es posible que jamás salga de aquí. Pero tú eres distinto... ¡tienes posibilidades! Hubiera sido una mala faena dejarte cargar con la muerte de Wilkes. Pero ¿qué ocurre? Vamos, alegra esa cara. Es posible que, después de todo, me nombren jefe de ordenanzas. A rey muerto...

CAPÍTULO X

La reja metálica de la celda de Henry Marshall se abrió a las diez de la mañana, con el habitual chirrido.

—Salga de ahí, Marshall.

Era el oficial Clinton. Tan indiferente e inexpresivo como de costumbre.

—¿Puede decirme de qué se trata, señor? —quiso saber Henry.

—Se lo dirán abajo. Vamos, acompáñame.

En la planta baja de la galería D, al otro lado del rastrillo, estaba el gordo oficial Ransey.

—Dale su ropa civil, Keene —ordenó Ransey, cuando Henry hubo traspasado el altísimo rastrillo.

Henry miró fijamente a Keene cuando el oficial se apartó. Y murmuró con voz ronca:

—Eres una rata, Keene. ¿Duermes tranquilo alguna noche? Desconfía... ¿Has pensado que alguna noche, alguien puede rebanarte el cuello con una navaja de afeitar?

Keene dio un respingo. Su semblante se tomó blanco. Sus manos temblaron cuando fue ofreciendo a Marshall las prendas que componían su indumentaria.

De reojo, Henry advirtió que el oficial Ransey conversaba con otro funcionario, muy animadamente. Entonces volteó el brazo, tomó aliento y largó un trallazo tremendo al rostro de Keene, que cayó de espaldas sin un gemido.

Tomó su ropa, se aproximó al señor Ransey y fue con él hasta la sección de cacheo, donde cambió su uniforme de presidiario por sus ropas civiles, afortunadamente limpias y bien planchadas.

Sin embargo, Henry sufrió una desagradable sorpresa al ver penetrar en la sucinta estancia al teniente Howard y al agente Brazee.

Mientras los policías atendían las formalidades reglamentarias,

Henry les observó, receloso. Particularmente, Howard no presentaba muy buen aspecto. Se veían gruesas bolsas bajo sus párpados y sus negras facciones se habían vuelto grises.

Henry acarició las pocas monedas que el oficial le entregaba. No era mucho. Significaba más la pequeña ganzúa de finas hojas de acero, alojada entre el labio y el maxilar superior que Stevens había conseguido Dios sabía dónde.

Además, su amigo le había dado algunas lecciones prácticas sobre el empleo de las diminutas hojas metálicas. Con ello y un mínimo de suerte, Henry confiaba en escapar.

Un grito áspero le obligó a parpadear.

—¿No me ha oído, Marshall? ¡He dicho que una de las muñecas para esposarle! —acababa de chillar Brazee.

—No grite —respondió serenamente Henry—. Y no olviden que soy un procesado. Nada de malos tratos ni de palabrotas. No lo admitiré.

Brazee alzó impulsivamente un puño, pero el oficial de prisiones carraspeó, reconviniéndole, y el policía se limitó a apretar con fuerza las esposas en torno a las muñecas de Marshall.

La puerta metálica se abrió y Henry salió escoltado por los policías. Cuando subió a la furgoneta celular que esperaba, Henry comprobó con gran satisfacción que no sujetaban sus esposas al banquillo de hierro, lo que le permitió sentarse libremente y aproximarse a la pequeña mirilla metálica que comunicaba con la cabina del conductor.

La furgoneta abandonó la penitenciaría, rodó a lo largo de una desierta avenida limitada por madroños silvestres y alcanzó una carretera.

Nada de aquello era familiar a Henry, pero adivinó que se encontraba en los alrededores de Hoboken[9], al divisar las columnas de humo de las fábricas que oscurecían el firmamento en la línea del horizonte más próxima.

Acechando por la mirilla, Henry comprobó que ni el chófer ni los dos policías que ocupaban la cabina miraban hacia atrás.

Entonces alzó las manos y tomó entre sus dedos la ganzúa. Ya iba a introducir una de las hojas en la cerradura de las esposas, cuando comprobó que uno de los tres eslabones que unían los grilletes estaba parcialmente abierto.

Dio un tirón y el eslabón cayó sobre el piso metálico. Sus manos se habían separado. Lo tomó en sus dedos y comprobó, asombrado, que la pequeña pieza era... de plomo.

«¿Será posible tanta suerte?», pensó, alborozado.

Un segundo después, la desconfianza embargaba su ánimo. Howard y Brazee no eran tipos que descuidaran su trabajo con un preso como él.

¿Entonces? Había una respuesta: alguien trataba de facilitarle la fuga. Pero ¿quién? No sabiendo responder a tal interrogación, Henry se prometió a sí mismo permanecer alerta.

De repente, la furgoneta se bamboleó violentamente. Henry fue proyectado contra la plancha de la izquierda y arrojado como un pelele sobre el piso del vehículo.

Cuando consiguió ponerse en pie, miró a través de la mirilla. La furgoneta rodaba muy despacio y se desviaba hasta alcanzar el arcén.

El vehículo se detuvo bruscamente. Atrás rechinó un cerrojo. Una extraña emoción, mezcla de miedo, de esperanza y de decisión animaba a Henry.

La puerta se abrió. Howard y Brazee aparecieron en el rectángulo gris por el que penetró inmediatamente la niebla.

—¡Eh, Marshall! —gritó Howard—. Hemos sufrido un pinchazo. Mientras el conductor cambia la rueda. Puedes bajar a estirar las piernas. Pero cuidado, ¿eh? No intentes escapar o dispararemos sobre ti.

Henry titubeó, nervioso. Luego unió las manos simulando que sus grilletes permanecían unidos y se puso en pie con lentitud deliberada.

—¿Bajas o no? —preguntó Howard con un trémolo de impaciencia.

—Sí... Ahora mismo.

Brazee se había vuelto de espaldas y parecía abstraído en la contemplación de los movimientos del conductor, cambiando la rueda. En cuanto a Howard, había apoyado una mano sobre la puerta y miraba hacia Hoboken.

Súbitamente, Henry saltó sobre él, le derribó y al tiempo de caer le golpeó en la garganta. Se alzó del suelo, rodeó el furgón y corrió desesperadamente.

Apenas dos segundos le bastaron para cruzar la carretera y cruzar de un salto el seto que separaba la autovía del bosquecillo de pinos de una repoblación forestal.

Junto a la furgoneta, Brazee vio caer al teniente Howard y lanzó un grito rabioso. Ya rodeaba el vehículo y emprendía la persecución, cuando el teniente interpuso una pierna entre las suyas y el policía cayó a tierra de bruces.

—¿Qué diablos...? —gruñó, iracundo—. ¡Marshall se escapa!

Trataba de incorporarse y sacaba ya su revólver, cuando Howard le detuvo, agarrándole por un tobillo.

—Despreocúpate, Brazee. No tendrás que fatigarte corriendo tras del preso: otros se ocuparán de él —dijo el teniente, irónico.

Ya iba a responder Brazee, cuando el silencio se vio turbado por una sucesión de detonaciones ahogadas.

—¡Una metralleta! —murmuró Brazee—. ¿Qué significa...?

Howard lanzó una carcajada.

—Significa que Marshall ha caído para siempre. Vamos, Brazee, ¿eres tan tonto como para no advertir que el «pinchazo» sólo era un truco para detener la furgoneta y permitir que Marshall escapara?

La niebla era espesa y apenas le permitía adivinar las siluetas boscosas de los pinos a treinta metros.

Corría y corría a grandes zancadas y pronto la carretera quedó atrás, difuminada por la niebla. El corazón latía locamente en su pecho. ¡Era libre!

El bosquecillo de pinos terminó. Henry observó a lo lejos las siluetas de varias naves industriales. Siguió corriendo y se detuvo junto a la valla de una fábrica. Había un camino, cuidadosamente asfaltado y avanzó por él.

Fue entonces cuando divisó los faros de un automóvil. Y también la lucecita verde del piloto delantero. ¡Un taxi!

Ganó el andén y agitó la mano desesperadamente.

—¡Taxi, eh, taxi! —gritó. El automóvil se detuvo unos metros más allá. Henry volvió sobre sus pasos y se aproximó al coche. Pero una sombra de desconfianza pasó por sus ojos al reconocer el oscuro rostro que surgía por la ventanilla... ¡era Midwate, el cochino Midwate, confidente de Tunnello!

La sorpresa le inmovilizó. ¿Qué debía hacer? Midwate se volvía hacia el interior del coche y gritaba:

—¡Es él, es Marshall! ¡Disparad, disparad!

Sólo entonces advirtió Henry que el asiento posterior estaba ocupado por tres pasajeros. Shepherd Matthewson, Jackson Deer y otro hombre parecían también paralizados por la sorpresa.

—¡Espere, Marshall! —rugió Jackson, pugnando por abrir la portezuela de su lado. No lo consiguió y entonces golpeó el cristal con el cañón de su metralleta▲y sacó medio cuerpo fuera por la ventanilla.

Henry retrocedió a la carrera, aterrado. Adelante, el camino se dirigía a la carretera; detrás estaba la verja de una fábrica. Junto a la cancela de entrada, cerrada, la cabina del vigilante.

No lo pensó. De un salto escaló la verja y se dejó caer al otro lado. Inmediatamente se dejó oír el tableteo de una metralleta. Henry asomó la cabeza unos centímetros y vio que el taxi de Midwate se dirigió a gran velocidad contra la cancela.

—¡Atrás, atrás! —gritó el vigilante, que había abandonado su cabina. Se oyó un alarido de muerte y el hombre cayó de espaldas, con el pecho cosido a balazos. Instantes después el taxi chocaba contra la cancela, convertía los hierros en retorcida chatarra y penetraba como una tromba en el patio anterior de la fábrica.

Henry se incorporó de un salto y corrió hacia las próximas naves, aprovechando que el taxi se había alejado unos cien metros, en su busca.

Ante el ancho portalón leyó: «SERVICIO CONTRA INCENDIOS». Detrás de él, se oyó el zumbido del motor del coche de Midwate, que trataba de dar apresuradamente la vuelta junto a la zona de aparcamiento de la fábrica.

Henry penetró en la sección contra incendios. Se trataba de un garaje ocupado por un camión cisterna, extintores sobre ruedas y almacén de picos, palas, trajes de amianto, etc.

No había salida. Retrocedió y quiso escapar. Pero el rumor de pasos precipitados que oyó le impulsó a buscar refugio detrás de uno de los extintores.

Los pasos se acercaron. Henry temblaba de miedo. Y sus dedos rozaron la manguera metálica del extintor... Agarró la lanza, apretó levemente la palanca que disparaba la espuma. Aguardó en insoportable tensión.

Un hombre apareció en la puerta en actitud cautelosa y tensa.

Era Jackson Deer, que empuñaba su metralleta y buscaba ansiosamente, mirando alrededor.

Henry no esperó más. Oprimió la palanca y el chorro de espuma surgió potente en el momento en que Jackson Deer se volvía.

La sucia pasta amarillenta penetró en sus ojos e inundó su nariz, su boca y sus cabellos, obligándole a gritar de sorpresa. Retrocedió y la metralleta escapó de sus manos.

El fugitivo saltó sobre él y le derribó de un empujón. Abandonó el garaje, asomó con precaución... Una detonación le obligó a arrojar al suelo: junto al destrozado taxi, estaba Midwate, disparándole con una pistola.

Se arrepintió en seguida de no haber empleado unos segundos en recoger la metralleta de Jackson Deer, pero ya no podía retroceder.

Se incorporó y sin perder tiempo, corrió en zigzag y alcanzó la próxima esquina. Un momento después penetraba por la ancha puerta de una serrería.

Algunos obreros se le quedaron mirando con extrañeza. El estrépito de las grandes sierras anuló las palabras que uno de ellos le dirigía.

Henry pasó junto a él sin detenerse y avanzó a lo largo del tren móvil de la sierra central entre dos pilas de grandes tablones.

Saltó sobre el tren que transportaba hacia la cinta un enorme tronco y saltó al otro lado. Tropezó y cayó rodando sobre el suelo cubierto de serrín.

El tableteo potente de una ráfaga de metralleta se elevó por encima del fragor que producían las máquinas. Los proyectiles silbaron sobre su cabeza y perforaron las maderas, arrojando una nube de astillas sobre sus cabellos.

No había duda: Deer se había repuesto y acababa de penetrar en la serrería dispuesto a cazarle. Desesperado, Henry buscó algo con que defenderse. Y sus dedos encontraron un macizo y corto listón.

Asomó la cabeza y vio al forajido, metralleta en mano, atisbando ansioso. Al verle, sus ojos fulgieron y el cañón de su metralleta se incendió en rojizas llamaradas.

Henry aplastó su rostro contra el serrín y aguardó. Reptó vientre a tierra, avanzó unos metros y trató de situar a Deer.

El pistolero contemplaba, impaciente, la lenta progresión del

tronco cargado sobre el tren de la sierra. De repente saltó sobre el tronco, como única forma de llegar junto a Marshall.

En aquel momento, Henry alzó el brazo y lanzó contra él el macizo listón. Jackson lanzó un alarido y sus rodillas se doblaron: el tarugo le había golpeado laidamente en la sien. Su metralleta se escurrió de entre los dedos y golpeó sobre la banca metálica.

Fueron unos segundos de alucinante tensión. Deer permanecía desvanecido sobre el tronco y el tren avanzaba hacia la potente cinta de sierra inexorablemente.

Henry tragó saliva. Adivinaba lo que iba a suceder de un momento a otro: la cinta de acero de la sierra partiría en dos el cuerpo de Jackson Deer.

No pudo contenerse. De un salto abandonó su protección y gritó: —¡Detengan la máquina! ¡Ese hombre va a morir...!

Uno de los obreros asomó la cabeza y pareció entenderle, porque el hombre avanzó hacia el gran cuadro eléctrico blindado colgado del muro.

Los dos pistoleros que estaban en la puerta alzaron sus metralletas y dispararon contra el hombre, confundiéndole quizá con el propio Marshall.

Una llamarada surgió del cuadro eléctrico. Trozos de metal incandescente cayeron al suelo y prendieron rápidamente en las virutas. En breves segundos, el fuego se propagó a una pila de tablones.

El terror se apoderó de los obreros. Algunos de ellos corrieron hacia la puerta chillando y arrollaron a los dos pistoleros que cubrían la salida.

El calor se hizo insoportable. Henry miró hacia el tronco cargado en el tren y vio correr la sangre. Se atragantó.

Pero no podía perder un segundo. Listones en llamas caían ya muy cerca de él. Desesperado buscó una salida de emergencia. Y encontró una: el ventanuco situado sobre el más próximo montón de troncos.

Gateó sobre ellos, destrozó el cristal de una patada, se introdujo por el ventanuco y se dejó caer al exterior.

A unos veinte metros estaba la alambrada que cerraba el recinto de la fábrica. Tomó impulso, la traspuso y corrió locamente, alejándose de aquel infierno.

De las ventanas de la serrería brotaban densas columnas de humo que se mezclaban con la niebla.

CAPÍTULO XI

Hasta el anochecer, Henry Marshall permaneció oculto en un solitario cementerio de automóviles.

Se sentía todavía bajo la horrible impresión de la espantosa muerte de Jackson Deer. Además, Henry había llegado al límite de su resistencia después de correr y correr durante dos horas a través de la zona industrial.

No sentía frío, aunque la temperatura era muy baja. Pero le dominaba el temor y se sentía hambriento. Por desgracia, tampoco tenía cigarrillos y sólo disponía de unos pocos dólares.

Tendido en la cabina de un viejo camión en lo alto de un formidable montón de chatarra, descansó absolutamente inmóvil. Sólo su mente trabajaba sin descanso. Porque empezaba a comprender que George Tunnello no descansaría hasta saberle muerto.

Sólo alentaba una esperanza: que nadie le hubiera visto huir de la nave incendiada, en la serrería. En tal caso, quizá Tunnello imaginara que había perecido abrasado.

Sin embargo, era muy posible que el *gángster* mantuviera a sus esbirros en los alrededores de aquella fábrica hasta que los bomberos atajasen el fuego y se averiguase el número e identidad de las víctimas.

Se sentía acorralado como un cervatillo cercado por una jauría de lebreles. Pero su idea inicial seguía imperando: encontrar pruebas contra Tunnello. Para ello precisaba facilidad de movimientos, dinero, un coche..., un aspecto nuevo.

Lo más fácil sería cambiar de aspecto: podía teñirse el pelo, maquillar su rostro, pasar por un hombre blanco. El mayor obstáculo era el dinero. Tenía apenas once dólares, pero podía sacar cuarenta o cincuenta vendiendo su magnífico solitario adornado con un rubí de precio.

También estaba su saldo de ciento sesenta dólares en el Banco, que al prestamista Lobsley le sería fácil negociar.

Por un momento, Henry pensó en el robo como solución. Pero desechó el pensamiento inmediatamente. ¿Cómo convertirse en un delincuente cuando estaba arriesgando su vida por probar todo lo contrario?

El día, frío y desapacible, transcurría lentamente. Hacia las dos, Henry se alzó de un respingo: ¡acababa de escucharse el petardeo de un escape!

Asomó la cabeza por encima de la mal ajustada puerta de la cabina y miró. El estómago se le encogió al ver que un gran automóvil se había detenido en el límite del almacén de chatarra.

Cuatro hombres descendieron de aquel coche y avanzaron entre los viejos automóviles oxidados. Llevaban revólveres en las manos y su actitud demostraba que buscaban algo con gran interés.

Henry quedó petrificado de espanto... ¡Le buscaban!

Los cuatro hombres se separaron y avanzaron despacio, registrando todos los coches que encontraban a su paso. Cautelosos, silenciosos, atentos al menor rumor, dispuestos a disparar en cuanto descubriesen a su presa.

¿Cómo defenderse? Henry no disponía de un arma. Estaba perdido.

A pesar de ello, aún tuvo fuerza de ánimo para atisbar por la ventanilla. Un hombre de color avanzaba con cuidado hacia el gran montón de chatarra donde se encontraba el fugitivo. Lo reconoció sin esfuerzo: era uno de los que acompañaban a Jackson Deer. Lo que significaba que le sabían vivo.

Más allá, con su metralleta colgando de su brazo izquierdo, estaba el corpulento Shepherd Matthewson, el hombre de confianza de George Tunnello.

Unas planchas rechinaron muy cerca. ¡El negro de la cazadora amarilla estaba escalando el montón de chatarra donde se cobijaba Henry!

Se encogió aún más sobre sí mismo. Su mano derecha bajó hasta el piso de la cabina y palpó una oxidada llave de ruedas.

Estaba decidido. Si aquel pistolero llegaba arriba, saltaría sobre él, le abriría el cráneo de un golpe e intentaría arrebatarle el revólver. Una decisión desesperada, pero la única a su alcance.

Resonó una maldición. El negro se había detenido en mitad del montón de chatarra y se frotaba una pierna con expresión de dolor.

La carcajada de Shepherd Matthewson estremeció a Marshall.

—Eres un torpe, Jones. Si Marshall estuviera *ahí* arriba, te hubiera acribillado a balazos ya. ¿Cómo puedes hacer tanto ruido, estúpido?

—Al diablo —gruñó Jones—. Me he herido con un hierro. Estoy sangrando...

—¡Cuidado! —gritó de pronto Matthewson—. ¡Detrás de ti!

Jones se volvió de un respingo y disparó locamente contra una vieja furgoneta «Jeep». El eco de los balazos resonó extrañamente a lo lejos.

Matthewson rió burlón. Jones maldijo en voz baja.

—Era una broma, ¿eh? Pues malditas las ganas que tengo de bromear. ¡Me has dado un susto de muerte Matt...!

—Vamos, baja. Marshall no está ahí. Caso contrario, ahora mismo estarías muerto.

—¿Por qué? Probablemente está desarmado.

—¿Eso crees? No te fíes: según pude ver, Jackson Deer perdió la metralleta cuando Marshall le golpeo con el listón. Y estoy seguro de que se apoderó de arma. Conque mejor será que estés sobre aviso.

Jones comenzó a descender. Cojeaba lastimosamente y maldecía a cada paso. De otro lugar llegó aquel grito:

—¿Eh, Shepherd? Por aquí no hay nada. ¿Qué hacemos?

—Abandonemos este lugar. Y tened los ojos bien abiertos. Marshall no ha podido ir muy lejos, puesto que la zona está controlada por nuestros compañeros. Pero Marshall es duro y escurridizo. Sabe que está acorralado y se defenderá como una fiera. No os descuidéis. ¡Vámonos!

Henry dejó escapar un suspiro. Y aguardó hasta que escuchó el petardeo característico de un escape. Sólo entonces se incorporó y siguió la trayectoria del automóvil de los pistoleros de Tunnello, hasta que desapareció entre la niebla.

El hecho de haberse librado de una peligrosa situación le confirió nuevos ánimos. Los hombres de Tunnello imaginaban que estaba armado. Tanto mejor.

Ahora necesitaba un medio seguro para trasladarse a Nueva

York, a Harlem. ¡Si pudiera poner en marcha uno de aquellos viejos coches...! Había algunos que no tenían mal aspecto, como aquel «De Soto» y un deportivo «Rambler American». ¿Y la gasolina?

Henry abandonó el viejo camión y descendió despacio de la cima del montón de chatarras. Alzó el capot de un coche y encontró una llave inglesa.

Curioseó aquí y allá. Tal vez en los tanques de aquellos automóviles quedase un poco de gasolina. Reuniendo un poco de aquí y otro poco de allá...

Empezó con el soberbio y anticuado «De Soto». Aflojó el tapón inferior del tanque de gasolina y sobre el envase de aceite que había puesto debajo cayó un regular chorro de gasolina.

Animado por el éxito, hizo lo mismo en otro coche y en otro. Una hora después había conseguido llenar tres latas de cinco litros. En total, quince litros.

Faltaba lo más importante: un automóvil en condiciones de funcionar, puesto que baterías con alguna carga había probado ya varias.

Finalmente se decidió por el «Rambler American», que parecía recientemente abandonado. En el panel de instrumentos no estaba la llave de contacto, pero a Henry le fue fácil cortar los cables y establecer un «puente».

La mejor batería era la de un destartelado autobús, puesto que la del «Rambler» estaba descargada. Por desgracia, era una batería de gran tamaño y no cabía en el alojamiento bajo el capot del automóvil que pensaba utilizar.

Cuando los bornes estuvieron apretados, y la batería chapuceramente sujeta con unos alambres, Henry se sentó tras el volante. Conectó el arranque, el motor dio una vuelta, se detuvo y... ¡volvió a girar libremente! El motor funcionaba sin regularidad, pero ¡giraba!, aunque arrojando una humareda por el tubo de escape.

Metió la primera velocidad, soltó el embrague, aceleró, y el coche se movió. Poco después redaba sobre los desechos que cubrían el suelo.

Antes de llegar a la carretera, Henry encendió los faros puesto que estaba anocheciendo y la niebla, espesa, impedía la visión. Se sentía más seguro así. Nadie podría reconocerle dentro del coche.

A través del espejo retrovisor, advirtió que el coche iba dejando tras sí una regular nube de humo negruzco azulado. Era indudable que el motor estaba gastado y que quemaba mal la gasolina. ¡Pero rodaba el coche y eso era lo que interesaba a Henry Marshall! Le bastaba con llegar a Harlem.

Instintivamente, Henry escogió el itinerario menos transitado a través de la ciudad. Hacia las nueve de la noche alcanzaba el barrio negro.

Suspiró. Sabía que había burlado a los asesinos de George Tunnello.

Hundido en el asiento, condujo hasta Missouri Lane, donde tenía su negocio el judío Abraham Lobsley: un lugar muy discreto para dejar el coche.

Antes de salir, Henry vigiló los alrededores. Excepto un corro de mozalbetes que jugaban al póquer en un rincón de la plazuela, el lugar aparecía solitario y seguro.

Los muchachos le dirigieron una ojeada distraída al verle salir del coche. Pero uno de ellos murmuró una blasfemia y se llevó la mano al bolsillo de la cazadora.

Excitado, el chico mostró una cartulina a sus amigos.

—¡Satanás me ayude! —gritó—. ¿Es que no reconocéis a ese hombre? ¡Es Henry Marshall! ¡El tipo por el que Tunnello ofrece mil «pavos»!

Henry se detuvo en mitad de la plazuela, rígido y frío como un muñeco de hielo. Y comprendió que Tunnello lo dominaba todo: el barrio, los negocios, los locales de diversión, los prostíbulos e incluso los grupos de gamberros.

Era un inteligente sistema de caza: utilizar a los miles de mozalbetes desocupados que pululan por las calles de Harlem, excitándolos mediante una recompensa en metálico.

—¡A por él! —gritó aquel muchacho, guardándose la foto en un bolsillo de su cazadora—. ¿Qué esperáis? ¡Vale mil «pavos»!

Henry empezó a retroceder. Tratava de ganar el seguro refugio del coche, cuando uno de los salvajes chicos arrojó a su pierna un bate de béisbol y le derribó. Henry rodó por el suelo.

Un momento después, siete muchachos caían sobre él. Henry recibió el primer golpe en la cabeza y comprendió que aquellos gamberros no bromeaban. Giró sobre sí mismo y golpeó al más

próximo. El muchacho gritó y se desplomó.

Aquello le concedió un leve respiro, que Henry aprovechó para empujar a otro muchacho y escapar hacia el coche.

El mozalbete que le había reconocido no parecía muy dispuesto a dejarle escapar. Tenía en el bolsillo una pistola de pequeño calibre, encontrada en el solar próximo. Y había balas en la recámara. ¿Qué mejor ocasión para probar su puntería...?

Disparó dos veces. Las piernas de Marshall se doblaron. Aún anduvo dos pasos, pero finalmente cayó rodando sobre los adoquines del pavimento.

Los chicos se replegaron, aterrados.

—¡Lo has matado, Chuck! —chilló uno de ellos—. Quizá Tunnello te dé los mil, pero vas a tener problemas con la «poli».

—¡Cállate, cobarde! —gritó Chuck, avieso—. ¡Vosotros, venid aquí! Tenemos que coger a este hombre y llevarlo al Theresa. Sólo así tendremos ese montón de pasta. Ayudadme.

—No quiero saber nada, Chuck. Yo me largo —dijo uno. Y los otros se separaron y huyeron hacia el próximo solar, lleno de desechos y basuras.

El chirrido de un frenazo llegó desde Missouri Lane. Un lujoso automóvil negro acababa de detenerse ante el cuerpo de Marshall.

Dentro del «Cadillac», una bella mujer de color preguntó al chófer:

—¿Qué ocurre ahí, Jerry? ¿Por qué te detienes?

—Hay un hombre tendido en mitad de la calle, señora. ¿Quiere que pasemos de largo? En su estado de ánimo, señora, lo mejor sería...

—¿Cómo puedes pensar así, Jerry? Me pareció oír disparos. Quizá ese hombre está herido... Debemos ayudarle. Vamos, Jerry, comprobémoslo.

La bella y enlutada señora bajó del coche y se inclinó sobre el caído. El chófer dio la vuelta al cuerpo con cuidado y la mujer miró el rostro de Henry.

—¡Dios santo, no es posible! —gimió la elegante mujer—. ¡Este hombre es... Henry Marshall! No puedo entenderlo, pero es él. ¡Por favor, Jerry, cojámoslo y llevémoslo a casa! Parece tan grave...

El cuerpo de Marshall fue acomodado sobre el mullido asiento posterior. Segundos después, el gran «Cadillac» arrancaba a gran

velocidad en dirección a Sugar Hill.

CAPÍTULO XII

Henry Marshall volvió en sí cuarenta y ocho horas más tarde. Inmediatamente recordó el doloroso balazo en la espalda, los gamberros de Missouri Lane, la sangre caliente que fluía de su pecho.

Una sombra se movió junto a él. Vio un bello rostro de mujer, unos ojos negros, rasgados, le miraron con ansiedad.

«He muerto —pensó Henry, pasmado de asombro—. He muerto y el Todopoderoso ha tenido misericordia de mí, puesto que he subido al paraíso y estoy rodeado de ángeles y de *cucuyes*»[10]...

El «ángel» se inclinó sobre él, le besó y susurró con voz dulcísima:

—¡Henry! ¡Has vuelto a la vida!

Henry se alzó de un respingo, con los ojos muy abiertos. Los *cucuyes* no eran tal, sino lámparas adosadas a los muros, luces indirectas. Y el «ángel» tenía el mismo rostro de Luna Harrison.

—¡Luna! —gritó—. ¿Cómo es posible que yo..., que tú estés aquí? Espera... Tú me encontraste herido, abandonado, allá en Missouri Lane. Ahora lo recuerdo: unos gamberros dispararon sobre mí. Y esta casa... ¡es la mansión de mi hermano, del poderoso Lagston Marshall!

—Sí.

Inmediatamente, Henry apartó la ropa de la cama e intentó levantarse.

—No puedo seguir aquí —exclamó—. Lagston me rechazó, me hirió. Por favor, Luna, dame mi ropa. Me disgustaría encontrarme con mi hermano.

Pero ella impidió que Henry pudiera abandonar el lecho.

—No volverás a ver a Lagston —confesó Luna, con un trémolo de angustia—. Tu hermano murió anteayer. Un camión pesado embistió su automóvil en la calle Lennox. Cuando te encontré

regresaba de enterrarlo.

—¡No! —gimió Henry, dejándose caer sobre el lecho—. ¡Estás mintiendo!

—Te equivocas. Lagston murió en el acto. No tuve el consuelo de besarlo por última vez, Henry.

Entonces el hombre exhaló un gemido ronco y profundo, que parecía brotar de lo más hondo de su ser. Sus puños golpearon salvajemente el lecho y sus dientes rechinaron.

Luna tuvo que arrojarle sobre él y sujetarlo, temerosa de que las heridas de Marshall volvieran a abrirse.

—Calma, Henry, por favor. Debes guardar reposo: has estado a punto de morir —susurró ella, acariciándole.

Poco a poco, los músculos de Henry fueron relajándose, superado el violento estallido de dolor.

—No me atreví a llevarte a una clínica, Henry. Thurgod Brice me telefoneó. Dijo que el juicio se había suspendido, que te habías fugado... Avisé al doctor Skegom, un viejo amigo de mi familia. El te ha curado. Y se avino a no denunciarte... En cuanto a Lagston... Tu hermano no era mala persona, Henry. Cierto que él era más comedido, más cerebral que tú, pero también tenía un corazón. Cuando se enteró de que estabas detenido, su primer comentario fue: «Henry jamás cometería un crimen tan odioso». Y comenzó sus gestiones para ayudarte. Contrató a los hombres de Londsedale, por consejo de míster Brice...

—¿Míster Brice? —preguntó Henry—. ¿Qué tenía que ver Lagston con él?

—El fiscal Johnson se lo recomendó a Lagston. Tu hermano se entrevistó con el abogado y le animó a no reparar en gastos con tal de salvarte. Pero advirtió a Brice que debía ocultar su nombre, que tú debías ignorar que Lagston estaba poniendo todo su interés, su prestigio y su dinero en sacarte del apuro.

Henry bajó la cabeza. La emoción le impidió hablar durante unos minutos.

—Dices que la muerte de Lagston se debió a un accidente, Luna, pero yo pienso de forma distinta —confesó luego—. Escucha, el responsable de todo se llama George Tunnello. Creo que debes saber estas cosas...

Relató con palabras fogosas todos los incidentes ocurridos desde

el momento de su detención y terminó:

—Ahora puedes comprender por qué sospecho que la muerte de Lagston fue intencionada. Tunnello vio un peligro cierto cuando mi hermano intervino. Y le eliminó. Son sus procedimientos: asesinar a todo el que le estorba.

—Lagston... ¡asesinado! —gimió ella, desconsolada. Tímidamente, Henry pasó un brazo sobre sus hombros. Al hacerlo un ramalazo de dolor recorrió su pecho, pero de sus labios no brotó el menor gemido.

—Le amabas mucho, ¿verdad? —preguntó suavemente.

Luna se enjugó las lágrimas con un pañuelo y giró el cuello para mirarle.

—Quería a Lagston, sí, pero no estaba enamorada de él. A los pocos meses de nuestra boda... Bueno, comprendí que había cometido el mayor error de mi vida. Es muy duro recordarlo ahora, pero es la verdad y tengo que confesarla a alguien. ¿A quién mejor que a ti, Henry? —murmuró—. Lo comprendí demasiado tarde: Lagston podía rodearme de lujos y comodidades, pero mi corazón estaba vacío. El fue comprensivo y bueno. Sin embargo, me amaba apasionadamente y aceptaba las cosas como eran. Nunca estuve enamorada de él, pero llegué a apreciarle y respetarle como Lagston merecía.

Callaron. La emoción les embargaba. Un suspiro brotó del pecho de Henry.

—Bien... Has sido muy bondadosa conmigo, Luna. Estaría muerto, probablemente, si tú no me hubieras recogido. Estoy en deuda contigo. Yo creí que te odiaba, pero ahora sé que jamás podría odiarte... Debo marcharme de aquí. Sólo conseguiría complicar tu vida, hacerte daño...

Lima se puso en pie impetuosamente.

—¡No te dejaré marchar! —gritó—. ¡No quiero que también te maten a ti!

—Pero... ¿no lo comprendes? Soy un hombre acosado, me busca la policía y también Tunnello. Si me ayudas, corres peligro de muerte.

—Correré los peligros que sean contigo. Además tienes que oír muchas cosas aún. Lagston invirtió en sus negocios los cien mil dólares que te prometió. A pesar de todo. Ese dinero ha estado

produciéndote beneficios durante cinco años. En un saldo a tu nombre hay trescientos mil dólares, Henry. Son tuyos.

—¿Lagston hizo eso? —preguntó él, con la garganta seca.

—Sí. Lagston era justo. Comprendió que entre los dos, tú habías cargado con la peor parte, y cumplió con su palabra. No eres un hombre pobre, Henry. Y ahora, acuéstate y descansa. Creo que debes comer algo y relajar tus nervios. Más tarde hablaremos de tus problemas y buscaremos una solución.

Henry obedeció dócilmente. Una voz infantil resonó muy cerca, obligándole a incorporarse de un respingo.

Entonces vio al niño que estaba en la puerta. Debía tener unos cinco años y era guapo y despierto. Sus grandes ojos castaños miraban con enorme curiosidad al hombre que ocupaba el lecho.

—Adelante, Henry —invitó Luna—. Puedes pasar. Acércate.

—¿Quién es...? —preguntó Marshall, estupefacto—. ¡Espera! No tienes que decírmelo: es tu hijo. O mejor: vuestro hijo. ¡Se parece tanto a ti...!

Luna no dijo nada. El niño se aproximó a la cama y ofreció su mano al hombre.

—Hola, tío Henry —saludó con una sonrisa—. ¿Estás mejor? Mamá me dijo que tenías un terrible catarro.

Henry le miró, experimentando una honda emoción. Sin poder contenerse, extendió los brazos, atrajo al niño y lo apretó contra sí.

—Conque un terrible catarro, ¿eh? —murmuró con voz ronca—. Pues claro que sí, Henry: estoy mucho mejor. Nunca me había sentido mejor. ¿Ves? Ni siquiera toso ya.

—Ahora dale un beso a tío Henry y vete a jugar, hijo. Tu tío tiene que descansar —dijo Luna, con extraña entonación, empujándole hacia la puerta.

Al quedar solos, Marshall miró a la mujer fijamente.

—¿Es que no se lo has dicho, no hablaste al niño de la muerte de su padre?

—No he tenido valor —confesó Luna—. El pequeño Henry quería con locura a su padre. He preferido hacerle creer que Lagston se fue de viaje. Henry apenas tiene los cinco años. El recuerdo de su padre se irá debilitando poco a poco en su memoria.

—Sí —respondió el hombre, tragando saliva—. Los niños no deben sufrir tan hondamente como nosotros. Voy a descansar, Luna.

Me siento fatigado.

—Duerme —musitó ella, acariciándole levemente las mejillas.

Transcurrió una semana. Siete días de ansiedad para Henry Marshall, que se sentía como sobre ascuas, inactivo durante aquel período.

Luna no le había permitido levantarse de la cama hasta aquel día. El doctor Skegom había venido a visitar al herido en tres ocasiones y había asegurado que las heridas de Henry se habían cerrado y que mejoraba de forma espectacular.

—Es usted un hombre muy fuerte, señor Marshall —había dicho el viejo doctor—. Otro cualquiera hubiera muerto, pues dos balas le perforaron el pecho, una de las cuales le rozó el corazón. Puede decirse que está vivo de milagro.

Cuando Luna le permitió levantarse, Henry se pasaba el día recorriendo las habitaciones como una fiera enjaulada. Las ventanas permanecían cerradas y las persianas bajadas. Pero los nervios le traicionaban.

Henry no ignoraba que la policía podía penetrar cualquier día en la casa. Y si le detenían antes de que hubiera conseguido pruebas contra Tunnello, todo estaría perdido para él.

Al atardecer, el teléfono zumbó en el salón. Henry se alzó de un salto, pero Luna se le adelantó y le detuvo con un gesto.

—Sería un error, Henry. Alguien podría reconocer tu voz —advirtió.

Henry, que la estaba observando, advirtió que Luna palidecía. Intrigado, se acercó a ella y aproximó su oído al receptor.

—... Que Henry Marshall está ahí. Como también sé que tiene usted un niño de corta edad, señora Marshall. Le interesa convencer a Henry de que debe salir de la casa. Sólo así podrán salvarse usted y el niño. Caso contrario...

—Se equivoca usted, señor Tunnello: Henry no está aquí —protestó Luna.

La frente de Marshall se cubrió de sudor. ¡Era George Tunnello!

—No pierda el tiempo —advirtió Tunnello con voz fría—. Algunos chicos tomaron nota de la matrícula de su coche. Además, Jerry, su chófer, está en mi poder, en el garaje. No reconocería a Jerry si le viera: mis chicos son muy brutos. Pero ha confesado: sé que Henry está ahí. Siga escuchando. No voy a entrar en la casa,

porque la policía aprovecharía la ocasión para detenerme. Así que dígame a Henry Marshall que le espero en la calle. En cuanto Marshall salga de ahí, usted y su hijo estarán a salvo. Buenas tardes señora Marshall.

Luna colgó el teléfono lentamente. Parecía petrificada de espanto.

—Lo he oído todo —dijo Henry, pálido, pero decidido—. Voy a salir.

—¡No! —gritó desesperadamente Luna, aferrándose a él—. Tiene que haber otra solución. Llamemos a la policía. Lo sé, Henry, resultará doloroso para ti, pero es la única posibilidad de salvar tu vida.

—Está bien —decidió él tras leve indecisión—. Me entregaré a la policía.

Pero cuando marcó el número en el dial del aparato, la comunicación no se produjo: ¡habían cortado la línea!

—Estamos incomunicados —confesó—. Han inutilizado el teléfono.

—¡Dios santo! —exclamó Luna. Pero se rehízo en seguida—. ¡Espera, Henry! No desesperemos. Debe haber otra solución.

—Ninguna. Tendré que salir. No permitiré que el niño y tú recibáis el menor daño.

—Pero ¡no puedo permitirlo, Henry! ¿No ves que no quiero perderte?

Henry la atrajo hacia sí y la besó en la mejilla.

—¿No hay alguna otra persona en casa? —preguntó, esperanzado.

—No. Maggie, la doncella, tomó hoy su día libre y Jerry estaba en el garaje... ¡Es horrible! Pero... —su pecho se hinchó de repente—. ¡Espera! Lagston usaba un juego de *walkie-talkies* de mediana potencia para comunicarse desde cualquier punto de la ciudad con la oficina central de sus empresas. Los tiene en su despacho, Henry. ¡Ánimo! Podemos comunicar con la oficina y uno de los empleados tomará nuestro mensaje y lo transmitirá a la policía...

La expresión de Marshall se animó al escuchar las palabras de Luna.

—Busca el *walkie-talkie*, Luna. Quizá... ¡quizá no sea necesario avisar a la policía! —exclamó.

—No lo comprendo. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Algo increíble —respondió Henry con los ojos brillantes—. Verás...

CAPÍTULO XIII

Matthewson volvió al coche de Tunnello, que aguardaba impaciente.

—¿Qué? —preguntó George, jugando nervioso con su encendedor de oro.

—Todo está en regla. Los muchachos rodean la manzana y todas las salidas están vigiladas. No podrá huir, ni siquiera por el aire: hay un par de muchachos en la terraza, para el caso de que un helicóptero intentara aterrizar.

—Bien. Tendremos que esperar: Marshall tardará en decidirse. Imagino su cara, crispada de espanto. Pero saldrá: es un estúpido sentimental.

El automóvil de Tunnello estaba estacionado ante la fachada principal de la casa. Mezclados entre los transeúntes estaban sus mejores pistoleros, al acecho. En cuanto Henry apareciese...

Transcurrió media hora. Tunnello empezaba a impacientarse, cuando un autocar frenó ante el lujoso vestíbulo de la casa. Músicos que portaban sus instrumentos musicales descendieron y formaron a un lado y otro de la puerta de cristal.

—¿Qué diablos está ocurriendo? —preguntó Tunnello, desencajado.

—No sé, pero yo diría que se trata de un entierro. ¿Ve a esos monigotes del frac? Son empleados de pompas fúnebres —respondió Tunnello.

En aquel momento, Eddie Jones llegó a la carrera.

—Una furgoneta ha descargado dos ataúdes ante la puerta de servicio —informó jadeante—. Tres empleados pretenden pasar. Hogan está allí, vigilándoles. ¿Qué hacemos? He oído decir que dos ancianos murieron anoche en esa casa. Al parecer, olvidaron cerrar el ras anoche, al irse a la cama. Y han «palmado». ¿Qué decide, señor Tunnello?

George se agitó, inquieto. Al cabo se decidió:

—Está bien, dejadlos pasar. ¡Maldita complicación! ¡Eh, Eddie! Vigila bien. Y tú, Matt, ve afuera y vigila el movimiento de esa gente.

En aquel momento, el autocar se separó de la acera para dejar sitio a la carroza fúnebre, dorada, tirada por un tronco de seis caballos blancos.

George vio a Matt, yendo y viniendo entre los músicos[11], repartiendo órdenes a media voz entre los pistoleros, gesticulando, mascullando y organizando la vigilancia.

Quince minutos después se produjo cierto movimiento en el vestíbulo. Cuatro hombres de color, vestidos con *smoking* blanco portaban un féretro cubierto de flores, que fue acomodado en la carroza. Otro féretro siguió al primero.

Algunas mujeres de color salieron a la calle. Tunnello contemplaba el «espectáculo» con la mayor indiferencia.

Luego la comitiva fúnebre se puso en marcha. Lacayos que vestían trajes de terciopelo de colores abigarrados y alegres abrieron la marcha. Detrás seguían el grupo de plañideras y los músicos.

George Tunnello estaba hecho un puro nervio. De improvviso, empujó la puerta y abandonó el coche. Matt acudió a su encuentro inmediatamente.

—Manda dos hombres arriba —ordenó George—. Que registren la casa, que se aseguren de que Marshall continúa allí. ¡Quiero terminar cuanto antes!

Matt se apresuró a cumplir la orden. Apenas cinco minutos después volvía. Y, cosa extraña, su rostro se había vuelto ceniciento.

—Jefe... El piso de la señora Marshall ¡está vacío! No puedo comprenderlo. Los chicos no se descuidaron un solo instante. ¿Cómo ha podido suceder?

Un brusco bofetón en los labios le impidió seguir hablando. Tunnello echaba chispas por los ojos, en un acceso de cólera de indescriptible violencia.

—¡Estúpido! El funeral fue el engaño que aprovechó Henry Marshall para escapar ante mis propios ojos.

George volvió al coche convertido en una furia. Desde allí se volvió al humillado hombretón y gritó:

—¡Rezad para que consigamos encontrar a Marshall! Porque si no es así, yo conseguiré que todos os arrepintáis.

Ordenó al chófer que arrancara y el gran sedán saltó hacia adelante con un chirrido de neumáticos.

Tom Rigles terminó de apilar los periódicos junto al muro y se sentó despacio en su banquillo.

En aquel momento llegó la dorada carroza funeraria. Tom era un sentimental y sus ojos se humedecieron al oír los sollozos de las plañideras.

—Un hermano más que se va —murmuró—. ¡Es la vida!

Los empleados de pompas fúnebres depositaron dos ataúdes sobre la acera, a la puerta de la capilla protestante que regía el reverendo John O'Carney.

—Me equivoqué —gruñó filosóficamente el viejo Tom—. No es un hermano el que abandona este cochino mundo, sino dos.

El reverendo O'Carney, que había advertido la llegada de la carroza fúnebre, entró apresuradamente en el templo y reapareció un segundo después, revestido ya de sus vestiduras sagradas.

Lo que ocurrió a partir de aquel momento, sería algo que no se borraría en mucho tiempo de la mente de Tom Rigles, el viejo vendedor de periódicos: porque cuando el reverendo O'Carney se aproximaba al atrio para recibir al sepelio, uno de los ataúdes se abrió por sí solo.

Un hombre joven brotó del féretro de un salto, corrió hacia el otro ataúd y abrió la tapa de un tirón.

Un «¡ooooh!» colectivo brotó de las gargantas de los mirones. Dos gruesas matronas negras que se habían detenido para contemplar el cortejo, murmuraron un apagado «¡Dios Todopoderoso!» y se desplomaron, desmayadas, sobre el pavimento. Para entonces, Henry Marshall tomaba de la mano a Lima y al niño y los arrastraba a la carrera hacia la calle Ciento Cuarenta y Tres.

Abordaron un automóvil detenido junto a la esquina, penetraron en él y el coche partió raudo y se perdió de vista.

Ante el templo protestante, el reverendo O'Carney pestañeaba horrorizado. Un murmullo de supersticioso temor se alzó sobre el auditorio.

Tom Rigles se rascó la blanca pelambrera y encendió pausadamente un cigarro tan grueso como su pulgar.

—¡Na María! —exclamó, cachazudo—. ¿Cómo no van a rebelarse los muchachos por las calles, si hasta los muertos se niegan a ser enterrados...?

Henry, el pequeño hijo de Luna, parecía entusiasmado.

—¡Me gusta! —exclamó cuando los tres penetraron en la cabina del motel—. Es divertido. ¡Cómo me reí viendo las caras de aquellas personas...!

Luna, que aún respiraba jadeante, le miró sin comprender.

—¿A qué te refieres, hijo?

—A tío Henry. Todo ha sido maravilloso. Desde que entramos en los ataúdes, hasta que llegamos aquí. ¿Lo haremos alguna otra vez, tío?

Henry Marshall no pudo evitar la carcajada. Habían pasado unos momentos de tremenda angustia. Y he ahí que para su sobrino todo había sido una divertida y apasionante broma.

—Tal vez lo repitamos —respondió—. Pero ahora vamos a jugar a otro juego apasionante: el de las llamadas telefónicas, Henry.

Luna cambió una mirada con Marshall.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—He estado reflexionando —contestó Henry—. He unido todos los nombres de las personas que intervienen en el caso y llegado a una conclusión. En pocas palabras tengo la solución al rompecabezas. Es muy fácil y absolutamente difícil, todo al mismo tiempo. Sólo necesito suerte. ¡Si la tengo, si la suerte me acompaña, todo se resolverá con una facilidad increíble!

—No comprendo una palabra —confesó Luna, confusa.

—Lo entenderás en cuanto te lo explique —susurró en voz baja para que el pequeño no pudiera oír—. Se trata de lo siguiente...

Las bellas facciones de Luna Marshall fueron animándose a medida que escuchaba la rápida explicación de labios de Henry.

Cuando éste terminó de hablar, Luna se sintió maravillada.

—Jamás hubiera podido imaginar algo tan complicado —confesó, sin poder disimular su asombro. Y la esperanza brillaba en sus ojos—. Pero ahora me parece fácil. ¡Si todo saliese como lo piensas, Henry!

—Saldrá —aseguró él, con firmeza—. He visto una cabina telefónica pública a unos centenares de metros de aquí. Es preferible que haga mis llamadas desde ella, por obvias razones de

seguridad. En cuanto a vosotros, permaneced encerrados. No abras a nadie, excepto a mí. Deséame suerte.

—Con toda mi alma —murmuró Luna, apasionadamente. Y agregó con ternura—. Cuídate.

Sus labios, palpitantes de emoción, estaban tan próximos, que Henry no pudo vencer la tentación de besarlos.

Un segundo después se había arrepentido. ¡Estaba tan próximo aún el día en que Lagston fuera asesinado...!

Luna no pareció ofenderse. Por el contrario, permanecía con los ojos cerrados, como si se sintiera intensamente feliz.

Henry alzó una mano y salió.

Anduvo aprisa, como si el asunto que le obligara a separarse de Luna Harrison y el niño fuera de suprema urgencia.

Diez minutos después penetraba en la cabina telefónica. Sacó un bloc de notas, introdujo una moneda y marcó un número.

—¿Capitán Kreinberg? Soy un amigo. Le prevengo: alrededor de las ocho de la noche, George Tunnello asesinará a tres hombres en los alrededores del precinto policial. Tenga preparados a sus agentes. Los va a necesitar.

—¡Espere! No ha dicho su nombre —gritó Kreinberg a través del hilo—. Necesito saber quién es usted.

Henry colgó, con una sonrisa burlona en los labios.

Tras lo cual, tomó a descolgar, meter la moneda y marcar un nuevo número.

Segundos después escuchaba la voz del fiscal de color Frederick Johnson.

—Buenas tardes, señor Johnson —dijo Henry, sin disfrazar su voz—. Le habla Henry Marshall. Escuche...

—¡Marshall! —sonó la voz excitada del fiscal—. ¿Cómo es posible...?

—No me interrumpa, por favor, puesto que no puedo perder el tiempo. Sólo quería advertirle que va a conseguir su mayor deseo: detener a George Tunnello. Para ello...

Habló con rapidez y concisión durante un minuto. Johnson intentó retener la comunicación, pero Henry colgó inmediatamente.

Una nueva llamada siguió a la del fiscal. Al otro lado se oyó una voz gruesa, desagradable.

—Owen Brown, al aparato. ¿Qué diablos quiere?

—¿Cómo se atreve a hablarme tan groseramente? —exclamó Marshall, apretándose la nariz para fingir un tono nasal—. Soy el capitán Kreinberg, de la estación de policía de Harlem.

Inmediatamente la voz de Owen Brown se dulcificó.

—Oh, discúlpeme, capitán. Le había confundido con otra persona. Dígame, ¿de qué se trata?

—Avisé a sus hermanos. Les necesito aquí esta noche. No, no se alarme. No se trata de nada importante: una simple formalidad en relación con el asesinato de su hermana. Sin embargo, es imprescindible con arreglo a la ley. No lo olviden: deberán estar en la estación a las ocho de la noche.

—Por supuesto, capitán. Allí estaremos —respondió Brown con un casi imperceptible acento de alarma.

Henry colgó. Se sentía muy excitado. Consultó su reloj de pulsera y comprobó que eran las siete de la tarde. Había anochecido ya.

Introdujo la última moneda y marcó el número con mucho cuidado. En cuanto se estableció la comunicación, gruñó:

—¿Quién está ahí?

—¿Qué...? Soy Matthewson, pero...

—Agua el oído, Matt. Soy el teniente Howard. Busca al señor Tunnello ahora mismo, dondequiera que esté. Es urgente. Y transmítele mi recado.

—Está bien —respondió Matthewson—. ¿Qué ocurre?

—El fiscal Johnson ha descubierto algo. Al parecerse ha entrevistado con los hermanos Brown, que están decididos a confesarlo todo. Yo no puedo moverme de aquí. Sé que Kreinberg ha citado a los Brown en la estación. No es necesario hablar más. ¿Dónde está el señor Tunnello?

—Pues... Está aquí, con su médico. Sufre un ataque de...

—No importa. Entra ahora mismo en su habitación y habla con él en privado. ¡No hay tiempo que perder!

—Es... está bien. Lo haré.

Henry colgó. Ya se disponía a abandonar la cabina telefónica, cuando pareció arrepentirse. Introdujo una nueva moneda y marcó el número de una empresa de auto-taxis.

—¿Yeliow-Cars Company? Necesito un taxi a la mayor urgencia posible en... —miró el rótulo metálico de la calle y agregó—: Aloha

Street, moteles The Lion. Pagaré la tarifa de urgencia y agregaré una buena propina.

Salió de la cabina y aguardó en la acera. Se sentía pesaroso por no haber advertido a Luna de que no volvería junto a ella por el momento.

Diez minutos después el taxi se detenía junto a la cabina. Abrió la portezuela, se acomodó y dio la dirección al conductor.

A las siete y treinta y cinco, el taxi se detenía a cuarenta metros de la estación de policía de Harlem.

—Esperaremos aquí —indicó al taxista—. Pero esté atento: quizá tengamos que arrancar a toda prisa.

Entregó unos billetes al conductor y dirigió una ansiosa mirada a los alrededores.

Los transeúntes que discurrían por la calle no tenían aspecto de policías. ¿Era que tanto el fiscal; Johnson como el capitán Kreinberg habían tomado a broma su aviso?

Esperó, tenso como una hoja de acero. No podía abandonar la protección del taxi, si no quería exponerse a ser reconocido.

A las ocho menos cinco, un viejo y deslustrado «Buido» se detuvo poco más allá de la estación de policía y tres hombres penetraron en el precinto.

—¡Los Brown! —murmuró Henry sin poder disimular su excitación.

De la calle adyacente brotó un gran sedán oscuro. Y otro de Merrywater Lane, de la prolongación de Lennox... hasta totalizar cuatro vehículos que se estacionaron en lugares estratégicos, próximos a la estación policial.

—¿La policía o... George Tunnello? —se preguntó Henry, cada vez más excitado.

A las ocho y diez, Owen, Ken y Barton Brown abandonaron el precinto policial, discutiendo y gesticulando vivamente. Subieron al «Buick» y el coche se puso en marcha.

Dos coches se separaron de la acera y rodaron en su persecución.

—¡Arranque! —ordenó Henry al taxista Manténgase a cierta distancia, pero procure no perder de vista al «Buick».

El coche de los Brown torció a la izquierda y los de sus perseguidores le imitaron.

De repente, una sucesión de detonaciones restalló en la calle.

Algunos viandantes se arrojaron al suelo aterrados, al tiempo que sonaba próximo el alarido de una sirena policial.

Súbitamente, el viejo «Buick» se convirtió en una antorcha. El automóvil montó sobre la acera, rompió la luna de una tienda y prendió fuego a los géneros expuestos en el gran escaparate.

El «Chevrolet-Impala» desde el que bahía partido la agresión, torció bruscamente a la derecha y enfiló Deville Street, una de las calles que terminan en Central Park.

—¡Sígale! —gritó Marshall, excitado, ruando cruzaban ante la tienda en llamas—. ¿Tiene miedo? De acuerdo, baje del coche. Le pagaré un automóvil nuevo.

El hombre estaba aterrado. Como permaneciese inmóvil, indeciso. Henry le echó fuera en cuanto el hombre frenó. Seguidamente arrancó y condujo a gran velocidad a lo largo de Deville Street.

Otro automóvil se le había adelantado. Henry divisó la mano armada que brotaba de una ventanilla...

Sonaron dos detonaciones. Pero el «Impala» siguió rodando a velocidad suicida hasta alcanzar Central Park.

Del coche que iba delante de Marshall brotó una ráfaga de metralleta.

Al atravesar la avenida del parque, el «Impala» —reventado uno de sus neumáticos probablemente—, derrapó espectacularmente, saltó sobre la acera y salió disparado contra la verja de hierro del parque.

La tremenda colisión destrozó la verja. El automóvil desapareció al otro lado del frondoso seto que corría junto a la baranda metálica.

Henry frenó a fondo y consiguió detener el taxi en la avenida. Otro coche frenó ante él y el capitán Kreinberg descendió de un salto, seguido de cuatro agentes de uniforme.

En el espacio de escasos segundos, unos seis automóviles convergieron en aquel tramo de la avenida.

Henry cruzó la calzada y trepó por la destrozada verja, en pos de los policías.

El «Impala» se hundía ya en uno de los estanques del parque. Kreinberg y sus hombres aguardaban en el borde a los dos hombres que nadaban con esfuerzo hacia la orilla, tras abandonar el

automóvil.

Uno de aquellos hombres era Matthewson. El otro, un impetuoso pistolero llamado Eddie Jones.

—¡El señor Tunnello está... dentro del coche! —jadeó Matthewson—. ¡Y no sabe nadar!

Ni siquiera lo pensó Henry. En dos segundos se desembarazó de la chaqueta y los zapatos. Ante los estupefactos policías, saltó al agua y se sumergió.

Volvió a aparecer en la superficie un minuto más tarde. Llevaba un cuerpo a remolque.

—¡Deme la mano! —gritó Kreinberg—. Le ayudaré a salir.

Alguien dirigió hacia ellos el haz luminoso de una linterna. Kreinberg exhaló un grito de asombro.

—¡Henry Marshall! —exclamó, estupefacto—. Debí adivinarlo. Apuesto a que fue usted quien me telefoneó esta tarde...

El cuerpo de Tunnello fue depositado sobre el césped. Estaba muerto.

Sus facciones, negruzcas, impresionaron a Henry. En su mano derecha, firmemente apretado, estaba el encendedor de oro con el que Tunnello solía jugar constantemente.

CAPÍTULO XIV

—Oh, todos se pelearon por hablar. Querían hacer méritos para atenuar su condena, señor Marshall —aseguró el fiscal Johnson—. Así supimos cómo Tunnello asesinó a Terry Brown de una forma terrible: a golpes, con uno de esos abominables guanteletes de acero, que dan contundencia al golpe y lo convierten en mortal muchas veces. Matthewson fue el encargado de hacer desaparecer el cadáver. No, no, Tunnello no le involucró a usted en el asunto de forma preconcebida. Usted salió del Diamond cuando ellos se disponían a llevarse el cadáver. El teniente Howard aprovechó la circunstancia para cargarle el crimen, simplemente. Howard está en la cárcel. Ha sido procesado y le expulsarán de la policía.

—Pero ¿por qué mató George Tunnello a la chica? —preguntó Henry Marshall.

—La deseaba. Consiguió atraerla con engaño a su casa de Queens. Ella se negó a sus pretensiones. Y Tunnello, enfurecido, la mató.

—¡Uf! —resopló Marshall—. Ahora todo parece un sueño, una pesadilla.

—Es posible —dijo Johnson. Y sonrió al mirar a través de la ventana—. Sin embargo, es absolutamente real la impaciencia de la mujer que le espera en el castillo.

—Discúlpeme —rogó Henry. Abrió la puerta y salió al pasillo.

Luna se aproximó, expectante. Sus grandes ojos negros aguardaban, anhelantes.

—¿Qué...?

¡Estoy libre, Luna! Puedo ir a donde quiera. ¿Dónde está el niño?

Nos espera muy cerca de aquí —respondió ella, con un suspiro—. Entonces, ¿podemos irnos?

Me despediré del fiscal y volveremos a casa... si tú lo deseas,

Luna.

—¡Henry! —gritó ella, dejando escapar un gemido—. Ahora no puedo disimularlo, no quiero seguir callando El niño no es de Lagston, sino tuyo. Y mío.

Henry fue a decir algo, pero no pudo. Y de repente rompió a reír a grandes carcajadas.

Abrazó a Luna contra su corazón, la alzó en el aire y la besó dulcemente en los labios.

En el pasillo resonó una voz infantil. Al final del pasillo apareció el pequeño Henry.

Marshall se separó de la mujer, corrió hacia el niño y abrió los brazos. Luego, abrazados los tres, penetra ron en el despacho del fiscal Johnson.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



NOTAS

[1] En Harlem se llama «*quisling*» a los mestizos de piel clara que tratan de hacerse pasar por blancos. < <

[2] Goodman significa en inglés buen hombre. < <

[3] Porra de madera forrada de cuero, que utilizan en EE. UU. < <

[4] Sugar Hill: colina del barrio de Harlem, donde vive la gente de color más distinguida y adinerada. < <

[5] Barrio de Nueva York, unido a Manhattan por varios puentes y líneas subterráneas. Famoso por el Jardín Botánico y la atracción Mundo de las Tinieblas. < <

[6] Para prevenir las fugas, en las prisiones suelen hacer recuento de los presos varias veces al día. < <

[7] Los presos no manejan dinero dentro de la prisión. Su dinero es encomendado al intendente o administrador, que les entrega unas tarjetas de cartulina, válidas para comprar en el almacén o economato. < <

[8] Cabina de vigilancia, suspendida del techo, desde la que pueden divisarse las galerías radiales en una prisión moderna. < <

[9] Barrio fabril de Nueva York, próximo a Nueva Jersey. < <

[10] Cucuyé: Luciérnaga, en un dialecto africano. < <

[11] En Harlem, como en otras comunidades negras, los sepelios se revisten de un pintoresquismo excepcional, incomprensible para la mente de un europeo. Sobre todo cuando muere un personaje rico e importante, la ceremonia se rodea de un lujo fastuoso. Una imponente carroza funeraria dorada transporta el féretro. Se derrochan flores en abundancia. A la puerta de la casa mortuoria, esperan uno o varios conjuntos musicales, que no iniciarán su actuación sino a la vuelta del funeral. Entonces las orquestas interpretan la más escogida música de *jazz*. Música rítmica, insinuante y alegre que invita a bailar. Personas que no tienen la menor relación con el fallecido, se unen al cortejo fúnebre con la esperanza de participar en la improvisada fiesta en la que suele convertirse el retorno a través de las calles, de regreso a casa de los familiares del finado. En lugar de una ceremonia triste y fría, los funerales se convierten en un acto vivo, animado y lleno de color.

< <